PQ8549
.P47
N3

Nani; semi-novela,

por
Manuel Antonio Peréz.

RP | AC | AE | AV | S | SI
UNC
LC
BIP
Author Perez,
Title Nani
Place, Publisher, Date Car
Series
Dealer's Cat.
Fund 325-EDU
Library Main
For
Date Received

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.P47
N3

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00024025145

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/naniseminovela00pere

MANUEL ANTONIO PEREZ

PR9529
.P47
N3

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

NANI

(SEMI-NOVELA)

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1908

Padre mío:

Si en las páginas de este libro brilla siquiera una idea sana y doctrinaria y si en el erial de mi vida errante y fatigosa he logrado cultivar alguna vez la exótica flor de la Virtud, el fulgor vacilante que aquella despide y el aroma fugaz que ésta pudiera exhalar, son dones que de tu alma germinaron en la mía y que te pertenecen por derecho absoluto de progenitura.

Tu aprobación y aplauso, si los he merecido, constituyen la sola consagración á que aspiro y el único lauro que recogeré orgulloso!..... .

Manuel Antonio

Hay almas que nacen heridas.

LAMENNAIS.

Como inquieto reptil que se enroscara en los enhiestos flancos de la alta serranía, serpea el tren salvando en un supremo vértigo de vapor la prodigiosa vía que une la Capital de la República con su vecina rival, la histórica ciudad del lago. Unidos por fuertes enganches metálicos, los wagones poblados de alegres excursionistas y lanzados por el impulso de poderosa máquina, crujen estridentes al contacto de los paralelos rieles y ondulan de trecho en trecho semejantes á las escamas de un mónstruo fantástico. Es la hora en que el sol á mitad de su invariable itinerario envía á la tierra con lascivo descaro sus intensos ósculos de luz. De vez en cuando una rápida sombra, semejante al parpadear de un crepúsculo

ó á la repentina proyección de un murciélago gigantesco, envuelve á los pasajeros; la respiración hácese sofocante; penetra el humo por puertas y ventanillas apenas entornadas; ulula el pito desaforadamente; muge la caldera como buey fatigado; partículas voladoras de carbón incendiado en sus entrañas, chispean al aire cual microscópicas luciérnagas, dejando las pupilas lacrimosas é inyectadas; pero vuelve la claridad como un celaje bendito, penetra la brisa en el interior de los coches y con ella el aroma de las flores campestres, y la humareda se lanza fuera remolineando en trasparentes bocanadas yendo á unirse á las lejanas brumas que, como sutiles vendajes de algodón, cubren las frentes neurálgicas de los asoleados picachos del sur. Aquellas súbitas intermitencias de luces y de sombras son las ochenta y seis sangrías que el barreno alemán, en nombre de la civilización, ha aplicado á mansalva á la corteza de la soberbia atalaya costanera.

La mayor parte de los viajeros que llenan los carros de primera clase, esa mañana, compónenla familias y jóvenes caraqueños que al parecer van de fiesta á uno de los pueblos de Aragua. Las damas se muestran trajeadas con afectada sencillez, que hace más resaltante la esbeltez y opulencia de las formas veladas por ténues y vaporosas telas, mientras que los caballeros contrastan mayor refinamiento en el vestir, alardeando como del singular empeño de arrebatar al

flamante bello sexo que acompañan ese día, lo que uno de los tantos petimetres allí incorporados ha dado en llamar en un francés algo intraductible: *le plus chist*, *le plus derniere de l'elegance*.

La conversación, salpicada de chispas y de simplezas, de muecas y de gorgeos, es expansiva y se desgrana en diversos temas que concluyen en el objetivo principal del viaje: distraerse, hartarse de nuevas sensaciones, respirar otros aires y asombrar á los pueblos que van á visitar con unas cuantas agudezas del espíritu de la capital.

Dominando la alegre algarabía de aquellos séres que anhelan embriagarse de satisfacción y de gozo, brotan sonoras carcajadas é infantiles exclamaciones:

—Qué bello, qué espléndido panorama!

—Miren aquellos conucos en el fondo de esas simas con *s*,—agrega un viejo académico, escrupuloso, como tal, por el buen lenguaje, y asestando hacia lo bajo sus gemelos.—

—Y aquellos ranchitos sobre esa cumbre! Han de ser águilas ó cabras los que trepan allí,—añade otro viajero.—

—Qué existencia tan feliz deben llevar aquellas gentes! ¡Oh! Les envidio, les envidio, interrumpe una solterona que todo lo ve á través del romanticismo y de sus gafas. Quisiera vivir allá soñando, soñando siempre y lejos de este mundo pérfido y corrompido.

—« Si amáis la libertad, el campo habita » solloza un joven poeta de tez y cabellera indefinidas, como si al recitar el verso eglógico de Bello se librara de un aplastante peso cerebral.

—« El Encanto », « El Encanto » gritan á la vez muchas voces á tiempo que el expreso se detiene bruscamente. Y todas las miradas clavadas antes en los cerros y precipicios, guiadas por un mismo instinto, se dirigen á la edénica hondonada de las fuentes artificiales.....

« El Encanto » es uno de esos sitios deliciosos que corresponden maravillosamente al nombre sujestivo con que se les ha bautizado y es acaso la obra más poética que manos extranjeras han realizado en este país.

Lo que la naturaleza ha dejado de hacer allí por olvido ó por falta de voluntad, lo ha suplido el ingenio del hombre con tal exactitud y habilidad, que comprueban la compenetración de aquella y del cerebro humano cuando en éste irradian los resplandores del talento. «El Encanto» no es una obra de capricho ni de simple imitación. Es un paisaje completo arrancado á lo vivo del lienzo de algún titánico colorista é incrustado por taumaturgia del genio civilizador de un gran pueblo en aquella solitaria montaña.

Aquel parque, aquel lago y aquellas cascadas; aquel puente en miniatura, aquellos callejones bordeados por raras y

frondosas arboledas, aquellos jardines y aquellas grutas admirables, y sobre todo, la elección de aquel lugar para hacer que surgiera ese paraíso en plena serranía, son detalles que no caben sino en la fantasía de un artista.

Lanza el pito su agudo silbido, reanuda el convoy su interrumpida marcha conmoviendo los inmediatos viaductos, cimbréanse las columnas de hierro que los sostienen como erectos veteranos que bajaran imperceptiblemente la cabeza para saludar en su triunfal carrera á aquel formidable autócrata del progreso, ocupan los pasajeros los asientos un momento abandonados y admirando otra vez la gloriosa acuarela pronta á desvanecerse tras un recodo de la vía, apuran los últimos sorbos de las botellas sacrificadas en su honor y reanudan la tertulia esta vez doblemente animada por la sujestión del paraje y por la movilidad y soltura que dá á las lenguas el champagne y el cognac derramado en un corto holocausto sobre el verde tapiz de «El Encanto».

***

Un joven viene reclinado en uno de los asientos posteriores del segundo wagón y apoya negligentemente la cabeza en una raída capa de lana de la cual ha improvisado un almohadín. Está dormitado y se cubre el rostro con la página de un periódico que ha comprado al embarcarse y que ha leído durante los primeros momentos del viaje. Cuando la algarada de aquella plácida comitiva despunta en jovial bullicio, entreabre los ojos un segundo, lanza una mirada indiferente á su alrededor, cambia de posición con enfado ó displicencia y vuelve á abismarse en su reposo. Es el único semblante adusto entre aquel oleaje de facciones y de gestos risueños. Diríase que es un hombre prematuramente hastiado de la vida y agobiado por la frecuentación de los excesos culpables, uno de esos séres que se atraen la vejez antes de tiempo y para quienes el problema

de la existencia queda resuelto muchas veces en una prolongada noche de orgía. Nuestro viajero parece haber perdido la lozanía y robustez de los dias juveniles; su estatura es relativamente conformada, lleva el pelo y la barba negros y abundantes aunque no cuidados con el esmero propio de los ventiocho años que representa, tiene la cara demacrada por una cruel dolencia que comienza á minar su organismo, su nariz es perfilada, sus labios abultados se contraen por una lijera tensión nerviosa y bajo unas pestañas correctamente delineadas, lucen unos ojos pequeños y proporcionados al rostro. Es su mirada triste é indecisa como si en ellos se reflejara el vislumbre de un alma enferma ó estremecida por contrapuestas pasiones y en el conjunto de su persona se revela la languidez y abandono del bohemio para quien es igual el clima en que vive y el aspecto en que se le haya presentado la suerte.

¿Cómo había entrado aquel desconocido y descortés caballero en el compartimiento reservado á los excursionistas? ¿Era algún empleado de la línea? Y todos aquellos signos de admiración conque fueron saludados los contornos de «El Encanto», se convirtieron en interrogaciones nada piadosas acerca del joven dormilón, de su ruinoso porte y del modesto equipaje que se dejaba entrever á sus pies. Por otra parte, como aquel era

un expreso fuera de itinerario, arreglado especialmente para aquellas traqueadas fiestas, y costeado por sus entusiastas patrocinantes, los colectores de billetes habían sido suprimidos por la Empresa. Aquel intruso, si en realidad lo era, iba gozando de perfecta inmunidad.

Solo un joven más ó menos de su edad, aunque de muy diversa apariencia en el traje, se le acercaba á intervalos, le tiraba de las solapas del paltó y le gritaba familiarmente:

—Despierta, chico, que ya vamos arribando á tus dominios.

El joven se restregaba los ojos, balbuceaba una frase significativa de rabia ó de fastidio y tornaba á su silencio mientras que el otro le daba la espalda é iba á ocupar su puesto al frente de una rubia que oía con marcado interés las galantes alabanzas que le hiciera.

—Y conoce usted á ése, Doctor?—le interrogó la dama en una de aquellas paradas del joven,—y con entonación que revelaba mal comprimido reproche porque su amigo la hubiese abandonado un instante para ir á despertar á aquel «malcriado.»—

—Superficialmente le he tratado últimamente en Caracas. Me lo presentó *Paquito Rabioso* en la Redacción de «El Cangrejo Popular;» paseamos y fuimos juntos al teatro anoche, pero yo me recojí temprano al terminar el primer acto, temiendo quedarme dormido y perder esta reco-

rrida deliciosa, y más que nada, de la grata compañía de ustedes. Tal vez esa ave no posó anoche en su nido provisional del «Saint Amand,» siguió la runfla con *Paco* que es de bronce para eso de trasnocharse, y ahora se desquita á sus anchas en presencia de nosotros. Estos provincianos son todos fundidos en un mismo molde. Cuando regresan de la Capital no dejan de echar su última cana al aire, hasta quedar vueltos unos guiñapos: *Ecce Homo!*

—Y es usted amigo de *Paquito Rabioso?*

—Señorita, soy su admirador,—respondió el Doctor asegurándose sus primorosos lentes engastados en oro y que contribuían decisivamente á peculiarizar su fisonomía de hombre de buen tono.—Y digo que soy su admirador, continuó, porque reconozco en él uno de los intelectuales prácticos de mi país. *Paquito* es un escritor que sabe vivir y sacar partido de su pluma y de su renombre. Una de sus muchas especialidades consiste en penetrar en el corazón y en el bolsillo de estos pobres soñadores rurales, que se vienen á Caracas á derrochar sus penosas economías con el loable y lírico fin de hacerse conocer de sus hermanos en letras, de codearse con periodistas y revisteros de quienes solicitan una «bienvenida» expresiva y cordial ó la publicación de algo que traen inédito en el fondo de las maletas. No pierden ningún espectáculo, pa-

sean en victoria descubierta, visitan todas las imprentas, liban en «La India,» le besan el anillo al Arzobispo, y bailan *El Morrongo*, ó la *Matchicha* en el Puente de Hierro. *Paquito* los acapara, los monopoliza, los domina, los enloquece á elogios, les sirve de complaciente *cicerone* y come, bebe y fuma con ellos hasta reventar. ¡No se cómo haya sacrílegos que nieguen el ingenio del hábil cronista de «El Cangrejo Popular».....!

—Y quién es capaz de incurrir en tamaña insensatez?—repuso la niña en ademán de hacer la defensa de aquel afortunado *Paco*, cuya reputación literaria, menoscababan la envidia y la imbecilidad del terruño.—Y con tono y acaloramiento impropios de su sexo y de su edad, prosiguió: *Paquito Rabioso* es uno de los luchadores que hace honor á la generación actual, y para que pueda usted apreciarlo también como poeta expontáneo, voy á recitarle un soneto que improvisó y estampó en mi album en menos de cinco minutos, y que dice:

Angelical estrella de una mañana fría
que irradias en la cumbre del Avila altanero,
donde esconde su nido el pájaro agorero
que entona sus endechas al declinar el día.

—*Delpinísimo!*—exclamó el Doctor dando fuertes palmadas, que al fin ahuyentaron la

modorra en los párpados del sujeto que ya conocemos.—

La niña continuó sin darse cuenta de aquel extraño aplauso de dos filos:

Arcángel que disipas la cruel melancolía
é iluminas mis pasos. Bellísimo lucero
que borras los escollos del lóbrego sendero,
del lóbrego sendero que cruza el alma mía.

Por eso es que anhelante ¡oh! niña yo te llamo
mi encanto, mi embeleso, mi ensueño y mi tesoro
por eso ante el olimpo del arte te proclamo
la musa delicada, la musa que yo adoro,
la dama egregia y noble, la de perfil romano
de bucles deslumbrantes como diadema de oro.

Juro á usted, Laura, que descartando lo del pájaro agorero, por antojárseme figura de macabros perfiles, ese es un soneto que no lo desdeñaría para sí el mismo Santos Chocano y que bien lo merece la beldad que lo ha inspirado. Y para que no quede inédita esa delicada joya literaria pido á usted su vénia para hacerlo publicar en el *Laud Calanchino* que tirará una edición de gala en esta semana para contribuir á la solemnidad de las fiestas. Repita, Laura, la composición para tomar copia en mi cartera.

—No, no, no, Doctor,—gimoteó «la rubia de la diadema de oro,»—yo no quiero que mi nombre aparezca en letras de molde.

—Niña, niña, no seas incomplaciente, rugió una voluminosa señora, madre ó tía de la alarmada señorita, que atenta á la conversación terció en ese momento y que por aproximarse á ellos por poco se instala cómodamente en las piernas del galante joven, diciéndole: vamos, Augusto, *copeela* usted.

Y poniéndose de pié á pesar del vaivén de los carros, levantando la voz y midiendo el verso con un rítmico balancear amenazante, empezó:

—*Angelical estrella de una mañana fría*....

Estación Tejerías—aullaron muchas voces á tiempo que algunas damas saltaban apresuradas al andén y requerían al Jefe de Estación para hacerle una pregunta «confidencial,» según la expresión del locuaz académico; pero la recitación continuó dramática, emocionante, dominando el mugido de la máquina que bufaba como buey fatigado reclamando su ración de agua y de carbón.

Media hora después aquellos catorce versos revoloteaban como inquietas mariposas en la mente de las bellas «turistas.»

***

—Al fin se ha despertado el señor lirón?

—Traía una fuerte neuralgia, querido, que me obligaba á la inmovilidad, pero ya me encuentro bien. Bajemos á tomar una copa de cerveza.

—Sea. En « El Encanto » y en « Begonia » no quiso usted probar nada. Le llamé varias veces para que nos acompañara al champagne que se impuso allí como rito indispensable, pero aparentaba tener usted un humor de mil diablos. Aquella dama, señalando á Laura, que en ese instante subía el estribo de un salto, se ha interesado vivamente por su salud, y creyéndole mareado me insinuó que le ofreciera su frasco de sales preventivas.

—La señorita del soneto? Dele usted las gracias de mi parte.....

—Oh! ha oído usted?

—Venía adormitado, no muerto.

El Doctor se mordió los labios un tanto amoscado temiendo que su compañero se

hubiese apercibido del esbozo poco favorable que de él había hecho enantes,—y varió el giro de la conversación.

—A ver, alójeme á su lado, quiero que charlemos un rato; de aquí á La Victoria tenemos hora y media pendiente porque en El Consejo habrá parada mientras sube el rápido de arriba.

El joven apartó la capa y algunos libros que embargaban el resto del sofá que ocupaba, é hizo sitio al Doctor.

—Olvidé preguntarle anoche, continuó éste, si había logrado entenderse con el candidato Andrade.

—Pude verle después de vencer mil obstáculos y al fin nos entendimos. Es un hombre que aparenta ser liberal y honrado en política, cosas que á la verdad, parecen incompatibles aquí, dada la maliciosa acepción que dan los descontentos al vocablo más hermoso que gastan la civilización y la moral en su lenguaje hiperbólico. Me dijo que su empeño se cifraba en rodear al Poder de elementos útiles é incontaminables, que se propone realzar la juventud porque ve en nosotros el porvenir; que somos la falange de vanguardia y que sólo en nuestros morriones puede flamear el heráldico penacho blanco. Me encantó la palabrería del hombre y le ofrecí mi escaso contingente !.....

—¿Y cree usted, querido amigo, que por el solo hecho de su naciente y desbordante espiritualidad, es la juventud la que por sí

sola podría resolver los grandes problemas del porvenir ó piensa acaso que los hombres del pasado á quienes viene condenando en sus vehementes escritos, pueden ser desarraigados y sustituidos por nueva simiente como las plantas que se marchitan en los jardines después de haber dado cuanto le correspondía de su savia y de su frondosidad?

—De ninguna manera, Doctor. Soy de los persuadidos de que si nuestra historia brilla con intensidad sideral y de que si aun vemos relampaguear en nuestros días chispas deslumbradoras que nos recuerdan cómo fuimos educados en una escuela de prodigios, debémoslo á quienes nos precedieron en el pugilato que sostienen los pueblos por adquirir ó robustecer su personalidad. Errores y pasiones han imperado en todas nuestras emergencias, y por no consagrar ciegamente á los hombres buenos y útiles que indudablemente han existido y existen, diré que los malos y los infructuosos han alcanzado más de una vez cierta dominación perniciosa que me ha convencido de.....

—De qué?—raro y caprichoso camarada.

—De que no una sino muchas ocasiones la buena fe parece haber emigrado á otros parajes y de que apesar de nuestros alardeamientos patrióticos la suerte de la República nos ha sido indiferente cuando hemos concretado nuestras desmedidas ambiciones á la suerte individual de cada quien; con-

vencido de que la « ley del embudo » fué la suprema ley en aquellas épocas de mentiras convencionales que no admitían argumentos en contra, prestigiadas como estaban por la tácita aceptación de las mayorías ; y convencido, en fin, de que ciertas eminencias nos parecieron tales porque, como dice Loustalot, los grandes nos parecen grandes porque los contemplamos de rodillas. Y cuando mi convencimiento llegó á esas conclusiones pesimistas me desconsolé hasta el punto de no verlo todo sino á través de un cristal ahumado !

—Se hizo usted rabiosamente escéptico.

—No he profesado jamás el escepticismo sino en lo que puede residir de lógico y efectivo en esa doctrina de negación y de egoismo. Amarga es la hiel, pero si se nos impone apurarla, no hemos de ridiculizarnos al llevarla á los labios haciendo muecas y pucheros como niños á quienes se obligara á paladear una droga desagradable. Analizo el pasado, dudo del presente y desconfío del porvenir. Y como creo un absurdo que el politeismo pueda ser aplicado frecuentemente á la historia de las naciones, sostengo que desde la noche siniestra del 17 de diciembre de 1830, desaparecido Júpiter del Ida Americano, no siempre han iluminado nuestros horizontes las irradiaciones de la gloria, porque no todas las divinidades que hemos adorado merecieron

escalar las gradas del Olimpo ni oprimir en su diestra los tonantes resplandores. De ahí la poderosa sugestión que nos exalta y nos envuelve cuando tornamos la mirada al pasado y ese afán de cierto modo legítimo y justificable de sentirnos grandes y poderosos para dar saltitos de gigantes; de ahí la cándida quimera que nos subyuga y alienta imaginándonos á cada paso que el Sol de la inmortalidad está á nuestro alcance y que para tomarlo y colgárnoslo al pecho.....pendiente de un cintajo de seda no hemos sino de alargar la mano.....

—Tiene usted alguna referencia especial en sus elucubraciones, querido joven?

—Me refiero al medio ambiente y á la raza. Fuimos engendrados por el conquistador castellano en horas de plena decadencia ibérica, y nuestra virgen América no recibió en sus entrañas la sangre que realizó arcaicas aventuras caballerescas sino el germen corrompido de siglos sombríos en que suplía Torquemada la gallarda silueta del Cid. La Península nos legó clásicas virtudes, pero de ella adquirimos también sus costumbres y vehemencias á las cuales estaremos sugetos hasta que nuevas corrientes de sangre é ideas regeneren nuestro organismo, nos rediman de la asendereada tendencia de ver en nosotros mismos todo lo contrario de lo que en realidad somos y nos permitan advertir, horadando con paciencia de hor-

migas, cuán deleznable es la arcilla en que se levanta tanto oropel.

—Convengamos en que piensa usted de un modo y escribe ó procede de otro.

—Convengamos en lo que usted quiera, siempre que me conceda una milésima parte de la razón que me asiste en cuanto acabo de exponer. Sin embargo, bueno es concebir algunas ilusiones: Venezuela es el pueblo predestinado de la América Meridional. Sin duda alguna ella ocupa en el continente un esclarecido rango político. De este pueblo puede decirse algo semejante de lo que en Europa se opina con respecto á Francia porque toda idea noble que brota del cerebro de nuestros pensadores fecundiza en el mundo que libertó Bolívar. Que nosotros hayamos despilfarrado la autoridad moral que nos corresponde ejercer ante esos pueblos emancipados por nuestros grandes hombres, es cosa de que no se puede inculpar á este ni aquel sistema político. El pueblo venezolano es ingobernable—dicen los de fuera. Mentira! Nuestro pueblo se adapta á todas las situaciones á que le somete el destino, y si conoce apenas del valor cívico porque lo hemos pervertido á fuerza de añagazas ridículas ó porque aún están á obscuras los relieves de su verdadero carácter, ha probado su docilidad, su paciencia, su heroismo y su grandeza cuando el deber le ha impuesto ser apacible, resignado, épico y sublime.

—Bravo, bravo, «verbo predicando!»

—No predico, Doctor. Hablo formalmente á un hombre que me entiende. ¿Podría determinarse con imparcialidad el origen de nuestro malestar? Sería un absurdo. ¿Que muchos de los que antes de trepar á las cumbres del Poder y por abrirse camino hasta ellas nos engañaron con hermosos prometimientos que jamás pensaron realizar, hicieron precisamente todo lo opuesto á cuanto ofrecieron? Pues si no pudimos aterrarles nos reímos de ellos y eso nos bastó. Las plumas criollas saben adquirir cuando las circunstancias lo demandan un temple volteriano y una simulación maquiavélica. La sátira y la impiedad, la carcajada burlesca y la ironía son armas que pertenecen á un arsenal de buena ley.....

En ese caso la política no tuvo entonces para usted otro fin que el de ir á la revancha por la risa, el epigrama y la hipocresía, ni otra misión que la de formular el engaño por el engaño; juzgó á los actores de tales escenas como tristes comediantes sin vocación que representaron su papel obligados por la conveniencia y necesidad del salario? Vió usted rotos los sagrados lazos que unen á los hombres alrededor de una Causa y de una bandera y le parecieron acaso simples grupos de espíritus vacíos sólo reunidos para disputarse la pitanza? No vió usted nada edificado ni edificable en medio de tantas luchas ni de tantos inauditos esfuerzos?

—Fuera de algunas conquistas civilizadoras, realizadas en horas de plausible inspiración y que constituyen lauros inmarcesibles ceñidos á la frente de quienes tuvieron la entereza de imponerlas por encima del retroceso y de las preocupaciones del momento, nada ví que no fuera optimismo de unos para envolver á otros, nada pude observar que se alejara de la alarmante prostitución que pareció invadirnos en su onda sombría. Y fue lo peor que no pudimos permanecer impasibles ante el oleaje crepitante. Toda oscilación produce vértigos ó atrae con violencia inaudita. Las manos que se decían más limpias y escrupulosas no pudieron resistir esa atracción y se tendieron vacilantes hacia la Esfinge; y fue la influencia de ésta tan decisiva en la vida individual y en la acción colectiva, absorbió y dominó el pensamiento nacional de tal manera, que bien pudo decirse que en Venezuela por singular derivación atávica ó por un fenómeno de especial cosmogonía se nace bajo la influencia de un símbolo determinado cuya representación hemos de advertir en el zodíaco caprichoso que recorrieron las inclinaciones políticas de nuestros mayores. El General *tal*, á quien regularmente no conocimos sino de oídas y el círculo *cual* que sólo existe en la mente de unos cuantos, se mezclaron tan á lo vivo en nuestros recuerdos infantiles que es difícil llegar á la mayor edad sin que nos sintamos tentados

á hacernos matar por la preponderancia del uno ó el prestigio del otro. Desde el artista hasta el filósofo, desde el comerciante hasta el sacerdote, desde el aristócrata emperifollado hasta el harapiento mendigo, no hay un solo cerebro que no esté atrofiado por el morbo instintivo. Esta expedición, esos caballeros y estas damas, estos wagones y esa máquina, usted y yo, ¿no vamos ahora mismo empujados por la formidable razón de Estado, que yo llamaría de buena gana, la incuestionable razón de Estómago?

—Lo cual le permite á usted sacar el mejor partido posible del presente y no creer en el porvenir!

—Creeré en el porvenir y veré cimentado el engrandecimiento de mi país cuando por un milagro de patriotismo reencarne en un hombre superior el alma augusta de nuestros Libertadores y cuando ese hombre y Venezuela constituyan para el pueblo una sola aspiración ideal.....

—La Victoria, La Victoria!—gritaron alegres todos los viajeros á tiempo que aparecía á la derecha de la línea la moderna Zaragoza venezolana que el 12 de Febrero de 1814 tuvo por defensor á un soberbio émulo de Palafox, á quien conoce la historia americana con el nombre de José Félix Ribas.

La inopinada controversia de los jovenes quedó bruscamente cortada por el

bullicio de la concurrencia de ambos sexos que esperaba en la estación á los huéspedes caraqueños.

—Nos veremos, Náni Grimán.

—Sí,—dijo éste estrechando la mano del Doctor,—nos veremos en el Circo ó en el Casino.

***

Un pueblo que suspende sus faenas para dar acojida siquiera sea por breves momentos á la expansión y al bullicio, es como el enjambre que abandona algunos instantes sus panales para ir á susurrar al aire libre y á libar en lo alto de los árboles el néctar de las flores recien abiertas.

¿Y qué villorrio, población ó ciudad de Venezuela, aparte de las frecuentes festividades que prescriben el Ritual católico, el sentimiento patriótico y hasta las conveniencias de actualidad, no tiene su día solemne señalado por las tradiciones regionales para que el entusiasmo colectivo se evidencie en grandes oleadas y para que el contento se desborde en todos los pechos turbando la monotonía de la vida habitual y arrancando de su centro de gravedad á los caracteres refractarios á esas conmociones del regocijo público?

Bastan la remembranza de un hecho

histórico, el aniversario del nacimiento ú otro detalle cualquiera en la biografía de un héroe favorito ó la cándida invocación de un santo adorado cuya liberalidad y milagros pregonen las leyendas callejeras, para que se esparzan sonoridades de apoteosis y para que cesen como por encanto la voz del Preceptor en las escuelas, las siembras ó recolectas en las sementeras y el ruido y la agitación en los talleres.

El dia que llegó á La Victoria el tren de excursionistas era la víspera de una serie de festejos consagrados á no recordamos qué emocionantes fastos políticos ó religiosos. La influencia espiritual de uno de esos bienaventurados á quienes canoniza la Iglesia ortodoxa ó la presencia de un político á quien el éxito ha ungido y el Poder concede la virtud de hacer milagros de otro orden, son cosas que merecen ser preconizadas disparando salvas á la atmósfera y repiqueteando las campanas muy por lo alto; y al amanecer de aquel día ya habían hablado el bronce de los templos y el bronce de los cuarteles disputando á las aves la primacía de saludar el alba. Como viejo madrugador que absorbiera su pulgarada de rapé para despejar las vías nasales, el cañón había engullido su ración de pólvora y atronado el espacio con sus roncos estornudos; y las campanas, cual muchachas alegres y bullan-

gueras, se habían reído en las propias barbas del viejo pertiguero,—cuyas funciones se extendían hasta ellas,—porque esa mañana, á obscuras todavía y rastreando por el caracol de la escalera, se había apresurado á tirarles de las faldas y á pedirle una nueva cornucopia de armonías.

Una variada multitud de jovencitos y aun de barbados adultos reía y charlaba apostada en el átrio del templo. Las mujeres asaeteadas al paso por algunos cupidos allí entremezclados, penetraban en puntillas en el vasto edificio y hacían graciosas genuflexiones ante aquellos grupos que se abrían en dos alas para cederles campo libre.

Ya estaban llenas de transeúntes las avenidas de las plazas y paseos. Se hablaba de los fuegos artificiales de la noche anterior; de la retreta; de los artistas de una compañía de zarzuela traída de Caracas; de los toreros igualmente importados de la capital; de la bravura del ganado que lidiarían éstos; de una velada literaria en la cual el parnaso aragüeño pondría de relieve el vuelo y «autenticidad» de su inspiración fecunda; del gran sarao con que se obsequiaría á las damas caraqueñas; del dinero que circulaba en las mesas de juego, de las cuales, aunque en baja escala, podían verse algunos ejemplares presididas por plebeyos talladores en los ángulos salientes

de la plaza principal; de las riñas de gallos, y por último, del orador sagrado y del discurso patriótico que había de pronunciar el Gobernador en la inauguración de una obra pública recientemente edificada.

***

Hernani Grimán era uno de esos séres cuyos instintos y pasiones una vez lanzados en un camino, no se detienen jamás. Un psicólogo que hubiese penetrado en el fondo de su alma habría sorprendido en ella las más raras contradicciones. Podría decirse que las diversas piezas que componían su espíritu estaban fundidas en un solo metal pero que había heterogeneidad en el engranaje que unía el conjunto. Tenía un fondo bondadoso y accesible, pero lleno de preocupaciones en el cual, por esto mismo, no era difícil que brotaran de vez en cuando los gérmenes corrosivos. Sus energías fluctuaban siempre dominadas por el asedio pertinaz de la duda. Debes ser bueno y creyente —le decían á media voz sus geniales inclinaciones.—Qué ganas en eso?—argüía la incertidumbre.—No observas el papel tristísimo que hacen en el mundo las gentes que aspiran á ser y aun son irreprochables? No ves cómo los malos sobrenadan en la opulencia

y cómo los buenos se asfixian en la estrechez—añadía el desengaño.....

Y entonces los diversos fragmentos de su entidad moral se retorcían empujados por las postreras sensaciones, y las soldaduras que las anexaban, faltas de solidez, se sublevaban al impulso de la primera ráfaga que les azotase.

Los caracteres más fuertes vacilan también ante las sacudidas de lo imprevisto.

Hernani Grimán era un escéptico que tenía la peculiaridad de diafanizar sus opiniones sin imponer ni pedir á nadie que las aceptase.

Y no es el esceptismo un estado crónico del corazón humano, cuyo desarrollo en algunos séres evoluciona prematuramente ó con mayor rapidez según las circunstancias que le rodean desde el advenimiento de la razón? Nosotros creemos que sí y desde luego absolveríamos á Hernáni Grimán y á todos los que como él hayan pecado hasta la exageración de escépticos y desconfiados, persuadidos como estamos de que el hombre no es dueño de contenerse ante la ilusión que se desvanece ni ante la realidad que le muestra su terrible desnudez.....

***

Treinta años habían pasado por sobre aquel pobre muchacho dejando impresa en su mente la huella de crueles decepciones. Treinta años que en su rápida carrera habían vertido sobre su frente la hiel del desencanto filtrada á través de torturantes vacilaciones y tristezas. Nació Náni probablemente inclinado al bien, quizás hubiera sido feliz,—si es que alguien es capaz de alcanzar en el mundo ese incomparable galardón,—pero el destino cubrió de negros nubarrones la primera alborada de su vida y la muerte apagó de un formidable aletazo la luz de una existencia que le había dado la suya.

La fatalidad principia por anonadar al sér á quien ha de arrastrar en su vorágine con ciertos prematuros alardeamientos feroces.

Poned una cuna al lado de un ataúd, colocad en aquella al hijo reciennacido y clavad en éste el cadáver de la madre que

acaba de espirar y ya veréis qué cuadro y qué irrisión os ofrece la vida. Ante tales catástrofes el espíritu se conturba, surje la idea de que Dios no está enterado de su consumación y como es indispensable que en una mano oculta recaiga la responsabilidad de esas desgracias, se murmura: el destino! Y hay que resignarse.....

Náni fue creciendo al lado de su padre y de sus abuelos. La muerte de su madre atrajo sobre la débil criatura todo el afecto de los inconsolables ancianos que lloraban á la vez la pérdida de la hija amada y la orfandad del tierno netezuelo. El desolado esposo reconcentró también en aquel primogénito de su sangre y de su amor, toda la ansiedad de su inesperada viudez, y para aquel hogar sumido en violento pesar no hubo entonces otra aurora que el brillo incierto de aquellas miradas infantiles. Náni pasó de brazo en brazo y de caricia en caricia, de la infancia á la adolescencia y de ésta á la virilidad. Sobre sus negros cabellos se derramaron y se enjugaron alternativamente muchas lágrimas, y allí, al calor de aquel techo generoso, balbució sus primeras plegarias, que cual tierno y delicado ramillete, colocaba su pensamiento embrionario sobre la tumba recién abierta de aquella que le había llevado en sus entrañas. Las primeras adelfas que florecieron en el vergel de su inocencia fueron á marchitarse sobre el borde de un sepulcro . . .

No ofreció la vida escolar de Náni ningún detalle que valga la pena de ser tomado en cuenta y á duros esfuerzos nutrió su inteligencia, en un plantel de escasa significación, de aquellos conocimientos rudimentarios que casi milagrosamente se adquieren en los deficientes institutos de la mayor parte de nuestros pueblos. Se añadía también á esta carencia de medios intelectuales la circunstancia de que era él desaplicado al estudio, desaplicación hasta cierto punto excusable, si se tiene en cuenta el mimo y conmiseración con que fue criado á causa de su prematura orfandad. Sus padres no por esto vacilaron ante ningún esfuerzo en el sentido de darle una culta y esmerada educación y con tal fin le hicieron trasladar á una capital vecina al lugar de su residencia, pero el niño que era enfermizo y voluntarioso tanto clamoreó que al fin hubieron de separarle del colegio y reintegrarle á su pueblo natal.

Cuántas veces obligado á pulir por propia mano su tosca inteligencia había lamentado Náni su desaplicación de entónces, cuántas veces ya brumoso el recuerdo de sus primeros abriles derramó lágrimas de inútil y tardío arrepentimiento y de vano despecho, más dolorosas y amargas que aquellas que hace saltar á nuestros ojos las benéficas reprimendas del maestro; cuántas veces durante sus horas de ingrata labor llegó á desesperarse viendo sus aptitudes condenadas á

una ingrata ocupación á que las concretara la casualidad y la imperiosa tiranía del sustento. Era para rabiar y Náni no dejaba de hacerlo á sus anchas cada vez que el ábrego del desaliento tronchaba sus ilusiones y las dispersaba aterradas de su mente como pájaros desbandados por el rugir de próximas tormentas.

El destino de muchos hombres lo determinan, involuntariamente, la religión en que se han condensado sus primeras ideas, la profesión que les deriva la subsistencia y los libros y autores favoritos que son, repitiendo la frase de un gran filósofo, el pan del entendimiento. El sentimiento religioso puede sufrir duras sacudidas si á un cerebro favorablemente predispuesto á la luz se le recarga demasiado de tinieblas, pues entónces pugnará por abrirse paso á través de éstas hasta aproximarse á la claridad esplendente ó se arrastrará envuelto en lastimosa opacidad, y expuesto á sufrir el choque simultáneo de la verdad y de la mentira, de lo justo y de lo punible. De ahí el eterno pugilato de la fe contra la negación y de lo verosímil contra lo absurdo; de ahí esa lucha que levanta ó que anonada el espíritu y que sostenida en corazones bien puestos no turbará jamás el instinto natural del hombre.

La atmósfera que hemos respirado en la niñez da inequívoco rumbo á nuestros

pasos. Existe un lijero detalle fisiológico entre el hombre que curte la piel al calor de los trópicos y aquel que desde la cuna ha soportado la gelidez de los páramos. Ese mismo detalle aplicado al espíritu lo hay también entre el que durante su juventud no ha tendido la vista fuera de los lindes del solar nativo y aquel que la ha recreado por otros horizontes donde la perspectiva de los panoramas del cielo y de la tierra, ofrece á la contemplación mirajes siempre hermoseados por la renovación constante. Las inteligencias estacionadas en un reducido espacio ideal, sin amplitud de miras y sin esa diversidad de gérmenes que brotan vigorosos al influjo del estudio, que esmaltan el cerebro y le brindan el rico florilegio de sus corolas, no podrán fácilmente remontar á grandes alturas por más que la naturaleza haya acumulado en ellas plétora de fuerzas para batir las álas y saludar de cerca á las estrellas. Son pobres aves enjauladas por la impotencia, que miran entristecidas la inutilidad de su plumaje, sufriendo la nostalgia del vuelo para morir con la pupila estraviada hacia lo alto, donde otras, más afortunadas ó más audaces, se balancean majestuosas al caprichoso columpio de la brisa.

*
* *

A imitación de sus compañeros de viaje Hernáni Grimán ó Náni simplemente,—como ya le hemos llamado antes siguiendo el ejemplo de su familia que abreviaba su nombre amputándole la primera sílaba,—desembarcó por sí mismo su equipaje y se dirigió al Hotel. Estas casas son en el interior una imitación de mal gusto de los restaurants y fondas de Caracas y en las cuales se suple el escaso lujo y la cultura del servicio con abundancia de comodidades patriarcales. Imaginó Náni que deteniéndose en aquella ciudad podría ver algunas personas de los pueblos vecinos cuya presencia podría convenirle por el momento. No perdería á la vez la ocasión de ponerse á la voz con un renombrado personaje, para entonces muy en boga, y que al asistir á aquellos actos para los cuales había sido invitado anticipadamente, los prestigiaba con el aura de su nombradía ocasional.

Náni no era un desconocido en aquel lugar. A pesar de su modestia y de su pobreza no carecía de un pequeño renombre que le distinguiese un poco de la multitud de caras extrañas que allí se aglomeraban en aquellos días. Ser joven é insinuante y haber gozado otras veces una mediana posición, siquiera la muy indispensable para no incomodar á los demás, y no tener amigos con quienes platicar un rato, son cosas materialmente imposibles donde quiera que el idioma castellano asimile el pensamiento y estreche las manos con expontánea cordialidad.

No apenas se instaló en la habitación que le habían señalado en la posada, se vió abordado por varios jóvenes que le aturdían á agasajos y le reprochaban al mismo tiempo porque no les hubiese participado desde Caracas su determinación de concurrir á las fiestas. A las amables complacencias en que aquellos le envolvían, ora prometiéndole que le harían ver los más mínimos detalles de aquel jubiloso torneo, ora proponiéndole que dejara el hotel y que fuera á alojarse en la habitación de uno de ellos, correspondía con expresivas sonrisas de agradecimiento y les aseguraba que sería espectador de todas las diversiones que anunciaba el nutrido programa; y no satisfechos los más íntimos con aquella oferta, concertaron que volverían por él cuando la hora fuese más propicia para dar una recorrida

por la ciudad y «romper los fuegos,» según observó uno de los más entusiastas.

A todos prometió Náni hacerles compañía tan pronto como estuviese en disposición de sumarse con ellos á los animados corrillos que se formaban en todos los sitios de recreo y con singular asiduidad, en los botiquines y casas de juego llenas á toda hora de abigarrada concurrencia.

Una vez que le dejaron, pidió á uno de los mesoneros que le llevara á su departamento un poco de sopa y café.

—Y no vá usted á la mesa? Le interrogó el patrón, sorprendido de aquel retraimiento extraño en un hombre de su edad. Y agregó con sorna picaresca:

—Tenemos unas huéspedas, ¡qué huéspedas! amiguito. Una docena de querubines caídos en mi casa. ¡Válgame Dios!

—Quiero almorzar solo—interrumpió Náni secamente.

El almuerzo le fué llevado al poco rato, pero apenas tomó unas cucharadas de caldo y un sorbo de café, retiró los platos con visible enojo. Estaba inquieto y sentíase casi arrepentido de haberse apeado en La Victoria. Vagas ideas cruzaban por su cerebro, quería alejarlas haciendo un esfuerzo de voluntad, y maquinalmente recorría la habitación con pasos lentos. Ea, leamos un rato, exclamó al fin en alta voz, como si tratara de alejar de esa manera las preocupaciones que le asediaban y extrajo de la maleta un libro,

le abrió al azar y empezó la lectura reconcentrando en ella todo su pensamiento. Era un tomo de «Los Miserables» de una edición española, bellamente empastada en cartón rojo. Probablemente Náni leía siempre aquella obra como el devocionario de su espíritu y fué tal la abstracción que á los pocos minutos le consagró, que casi podía decirse que estaba orando.

Náni era uno de esos fanáticos adoradores de Víctor Hugo, dispuestos siempre á emocionarse leyendo cualquier obra del célebre poeta, hasta el extremo de olvidar sus necesidades y sus penas. El romanticismo filosófico del prodigioso pensador, sus creaciones magistrales, sus parábolas sublimes, y sus cuadros inundados de luz y sapiencia, eran para él algo así como un culto de su mentalidad fluctuante. Entre los protagonistas del poema inimitable que leía, bien que las virtudes de Bienvenido Miriel, reflejadas en Juan Valjean, mediante la corta entrevista que siguió al robo de los candelabros del obispo, las juzgaba inverosímiles y sólo capaces de residir en la rica fantasía del autor, envidiaba la intrepidez y entereza de Marius, tal vez por que en su juventud había también sufrido privaciones y contratiempos que pusieron á prueba la serenidad y el temple de su alma. Como Pontmercy habría sido él capaz de ser el amante casto y desinteresado de una Coseta y como Enjolras se habría dejado

ametrallar al pié de una barricada por sostener cualquier idea, aunque esta fuese acribillada después por sus estravagantes y rabiosas negativas.

En un instante de distracción desprendiósele el libro de las manos y de sus páginas rodó sobre la almohada en que reclinaba la cabeza, la fotografía de una mujer. Náni la recogió emocionado, la contempló largo rato y á medida que iba abismándose en su embelesamiento invadía su rostro una palidez mortal.

.....

Aquel joven había amado con una de esas pasiones que por las circunstancias que las rodean se hacen excepcionales é irrefrenables en el corazón del hombre.

¿Y quién durante esa edad romántica de la vida, llena de tiernos arrebatos y de misticismos ideales no ha peregrinado por el impalpable país del Ensueño, donde es menos abrasadora la luz del sol y más harmonioso el canto de las aves, donde es más fragante el hálito de las flores y más cristalina el agua de los manantiales, donde los cielos diáfanos y azules como la inmensa epidermis del océano, germinan una perpétua floración de luceros y donde albas ninfas y vaporosos cefirillos tejen coronas de azucenas y azahares para orlar las sienes de las parejas enamoradas?

Quién no ha escuchado en la silente oscuridad de la noche el eco de una voz amada que repercute al oído como estrofa

nunciadora de dichas infinitas, como dulce vibración de inacabable sinfonía en que se mezclan y vocalizan con el acento triunfal de la Naturaleza que despierta al luminoso beso del alba, el arrullar de las alondras, el murmurio de las fuentes y el soplo imperceptible de los suspiros arrobadores? Quién, en fin, no se ha deleitado escuchando esa música universal que sin hallarse grabada en el pentagrama ni estar sometida á ningún compás, es la más radiante orquestación que electriza los sentidos y hace estremecer el alma rebosante de supremas alegrías?.....

Náni cerró el libro y como si la imprevista aparición de aquel retrato hubiese desgarrado en su interior las fibras de una acerba pena un momento adormecida, sus ojos se anegaron en lágrimas y su espíritu se llenó de una de esas tristezas que conducen á la desesperación, y á la insensatez.

Era que á apesar de su imponderable misantropía y de su pseudo libertinaje precoz, á pesar de su iconoclastia vehemente y de sus tornadizas opiniones sobre el amor, Náni tuvo al fin un ídolo ante el cual se rindieron todas las primicias de su intocado afecto. Aquel súbito cambio le había desconcertado de tal manera que él mismo no se daba cuenta, cuando se veía corresdido en su cariño, del rumbo que tomaban sus ideales, ni se explicaba, asombrado como estaba por la transformación á que Eros le sometía, cómo había podido inspirar

algún interés ni infundir la más remota esperanza en el corazón de la hermosa niña que al abrirle su alma en flor, le había posesionado de sus ternuras y hechizos.....

***

Si pudiérais poblar de ritmos el espacio y enlazar las estrellas como notas de un himno preludiado por todos los sonidos de la Creación, si pudiérais arrancar de cada alma como del pólen de cada flor un átomo del ideal que encierra y una sutil fragancia del aroma que contiene, y si pudiérais uniendo todos esos átomos y mezclando todos esos perfumes, tejer una inmensa escala de quimeras y ensueños que os permitiera salvar los umbrales del edén y plantar allí vuestro lírico gonfalón azul, no llegaríais ¡oh poetas! á interpretar el eterno poema que cantáis al acorde de vuestras cítaras vibradoras: el divino poema del amor.

Así nosotros no tomaremos de la hora idílica de Náni sino lo que es muy indispensable para narrar la historia de sus desventuras ni haremos de ella un recurso para llenar las páginas de este libro no escrito para conmover la fantasía del lector

con relatos saturados de apasionado erotismo.

Náni vislumbró en el alma de una mujer el complemento de la suya y la siguió con la docilidad del romero que no tranquiliza su planta hasta no llegar al término de su afanosa peregrinación. Quizás se presentían aquellas almas antes de conocerse y cuando se encontraron frente á frente en uno de esos éxtasis que nos elevan muy por encima de todas las cosas de este mundo, se sintieron atraídos por una fascinación irresistible.

No era aquel amor una de esas pasiones que nacen en un momento de entusiasmo y se apagan en una noche de deleites, y que después de haber satisfecho en el hombre, con la posesión de la belleza deseada la vanidad de conquistador afortunado, son para la mujer algo así como un tributo sufragado en aras de la curiosidad punzante y proverbial de su sexo.

No. El amor que nació en aquellas almas fué la más noble y la más pura expresión del desinterés y del cariño aunados en un solo sentimiento y nada hubo en aquel derroche de ternuras que pudiera ser confundido con la grotesca oscilación de las pasiones comunes, circunscritas y encadenadas siempre á la rigidez del dogma y de las leyes sociales.

Bastó un instante de intensa contemplación para que aquellos corazones fraternizaran estrechamente y para que no vivie-

ran desde aquel momento sino en una íntima comunión de ideales y ensueños.

Entregado antes á un género de vida disoluta, sin fé ni esperanzas en el porvenir, Náni tomó un día aversión á cuanto le recordaba su turbulento pasado, hizo cuenta rigurosa de sus debilidades, se arrepintió de haber llenado ciertas apariencias para librarse del inri afrentoso con que podía señalarle una sociedad que no sólo se le había hecho detestable por la consumación de más de una injusticia sino porque si era severa é implacable cuando se trataba de castigar faltas y errores en gentes malavenidas con la fortuna, sabía prodigar sus aplausos á las aventuras y comedias del cinismo triunfante.....

Como nauta que al refugio que le brindara serena playa prefiriera el oleaje tumultuoso de los mares, ó como águila que en un instante de letárgico embeleso se hubiese construido un nido demasiado blando para soportar el peso de su plumaje y tornara nostálgica la mirada á las abruptas rocas que le vieran nacer, Náni se echó en brazos de la propia suerte sin reparar siquiera el rumbo que tomaban sus pasos. Fue en tal estado de ánimo que su mirada se fijó en la mujer que había de amar y que sus labios le hicieron la confidencia de sus incertidumbres y pesares.

Nada hay que conmueva y enternezca más la sensibilidad de un alma que ha sufrido como el estertor de otro sér que

agoniza á su lado, y aquella niña, que había conocido también las asechanzas del dolor, halló en el aliento viril del joven la ráfaga generosa que podía ahuyentarlos. De ahí que sus corazones se desposaran con el santo lazo del sufrimiento y que la blancura de aquel idilio tuviera la trasparencia de las lágrimas derramadas y la sublimidad y dulzura del consuelo recíproco que había logrado enjugarlas.

Sólo los que han sido víctimas de torturantes y contínuas aflicciones son capaces de valorar toda la nobleza que encierra una frase desinteresada vertida en horas aciagas de la vida por labios amados, y aquella mujer murmuró en el oído de Náni, no las frases apasionadas ó de mera conveniencia que se dicen bajo todas las latitudes los séres que se creen enardecidos por el fuego del amor, sino la más elocuente confesión de un alma inmensamente abnegada, generosa y altiva, resuelta á adorarle con todo el frenesí de los grandes afectos humanos,

Cuando todos miraban á Náni de reojo, cuando su reputación á causa de las intranquilidades de su juventud borrascosa servía de pasto á las furentes diatribas de aquellos á quienes inspiraba sangrienta repulsión ó hipócrita piedad, ella le convirtió en su ídolo y sus pensamientos confundidos en uno solo ahogaron en un gesto de indiferencia y de desdén el vo-

cerío y aspaviento de las gentes que acostumbradas á admitirlo todo mediante la sanción del éxito, del dinero y del culto que profesan con más ó menos buena fe, no se dan cuenta de que afean ó adulteran lastimosamente lo que la sabia Naturaleza hizo á su semejanza: el Amor.....

.....

Sólo la muerte podía poner término á aquel idilio, y la fatalidad que no esquivaba sus golpes al que ya contaba en el número de sus elegidos consumó de un solo revés la obra que ya había premeditado para anonadarle de nuevo. La infausta niña bajó al sepulcro en la flor de los años dejando á su amante en la más espantosa desolación.

Cuando Náni midió la magnitud de aquella desgracia que tuvo para él todas las fantasmagorías de una horrible pesadilla, hizo un esfuerzo inaudito de voluntad y sin proferir una queja ni imprecar al destino esprimió silenciosamente la esponja acibarada que á sus labios desfallecientes aproximara la sañosa adversidad.

Era otro hombre, es decir, era el hombre que, llegado al paroxismo del dolor, cae para no levantarse jamás en la enervante y fría laxitud del desengaño.....

***

—A la plaza.
—No, al circo.
—A remojar la lengua.
—Marque el rumbo Náni
—Soy el prisionero. Ustedes designarán la penitenciaría.
—Al «Café de Aragua»—respondieron todos alborozados.

Era uno de esos establecimientos en los cuales se charla y se bebe con orgiástica devoción y que señalan el grado de corrupción que van alcanzando aquellos pueblos que cifran su orgullo en atesorar todos los refinamientos y voluptuosidades derrochados en los grandes centros modernos. Allí hacen rigurosa escala, á solas ó formando grupos, quienes sus verdaderas aficiones encubren bajo el pretexto de «recalentar el cuerpo» ó de «enardecer el espíritu.»

Apoyada en la ciencia la voz de algunos moralistas clama contra la progre-

sión del alcoholismo y pide morigerancia en esas casas llamadas de recreo que regularmente no son otra cosa que focos de infección donde el vicio se reviste con las apariencias del lujo; más, ¡cuántas veces esa propaganda, honrada y patriótica donde quiera que se intente, ha de callar ruborizada por la práctica contraria de la generalidad que, más que á oir consejos saludables, está siempre dispuesta á anonadar á quienes se toman la misión de señalarles sus errores y defectos!

Algunos civilizadores,—escrupulosos hasta el fanatismo por cierto,—se propondrían de buena gana llevar el hombre hasta la perfección, pero esto rayaría en lo sobrenatural ó degeneraría en lo ridículo. Lo que deben los directores espirituales de los pueblos es evitar en lo que humanamente sea posible que en éstos se hagan endémicos el exceso y el descaro, inclinándolos á la temperancia y al recato. Por lo demás, ya se ha dicho que el vicio tiene una sola ventaja y es la de hacer que descuelle la virtud, y en ese caso la labor humanista de esos apóstoles contribuye á formar equilibrio en la balanza donde se contrapesan la continencia y el desenfreno.

Los salones del «Café de Aragua» estaban ocupados ya por muchos caballeros que aburridos en el Circo de toros habían abandonado el bárbaro espectáculo sin

importarles gran cosa la suerte de las fieras ni el éxito de los lidiadores. En uno de los corrillos formados alrededor de los jaspeados mármoles de las mesas, tenía la palabra el joven que horas antes discutía con Náni y le ponderaba la virtualidad de los partidos y los nexos que unen á sus sectarios y corifeos. Hablaba con entusiasmo de una entrevista que le había dispensado el Gobernador, haciendo observar ante un auditorio que le oía con cuasi religiosa atención, que el mandatario regional se había empeñado en retenerle á su lado en calidad de huésped.

—Charlamos de todo,—decía.—Figúrense ustedes que fuimos condiscípulos y que cuando su tío no le enviaba con regularidad lo suficiente para que se sostuviese en Caracas y no abandonara los estudios, yo le sacaba de apuros. Apenas supo que había llegado, mandó buscarme con uno de sus empleados aquí presente, y ahora no permite que vuelva al hotel. Es un hombre agradecido, y además, está en su propio interés que yo no divulgue ciertos secretos que de su pasado soy sabedor.....

—Es un grande hombre, dijeron en coro los circunstantes.

—Es la esperanza de esta tierra, creyó conveniente añadir un viejo escribiente del bufete gubernativo que, por otra parte, veía siempre una promesa hala-

güeña para aquellas regiones en la fisonomía de todos sus mandarines.

—Cuando fuimos estudiantes, repuso el Doctor, éramos inseparables y en épocas de vacaciones nos íbamos á los valles del Tuy, donde están las propiedades del General Escobillón, el tío que lo sostenía entónces: un hombre muy guapo, un gran liberal, muy prestigioso, pero muy bruto.

—Un hombre muy guapo, un gran liberal y muy prestigioso, repitió el coro automáticamente, eludiendo con prudencia el último concepto.

—Por cierto, continuó el prolijo biógrafo, que cuando mi compañero de aulas obtuvo el grado de Doctor en ciencias políticas, aseguraban las versiones estudiantiles que el birrete del sobrino era una consecuencia de la espada del tio.

—Algo parecido circuló cuando tú te graduaste, dijo un vejete de semblante abotagado por el alcohol y de bigotes ennegrecidos por la magia del peluquero, porque la gente que de todo se ocupa, ménos de lo que le pueda ser útil, la dió en decir que tu padre había pagado á peso de oro la borla de médico que te concedieron.

—Infames !—exclamó el Doctor mudando de colores. Pero en fin, prosiguió, que digan cuanto quieran que no por eso dejaré de ser quien soy ante la ciencia. Y en cuanto á él, que aña-

de á su diploma de abogado, el despacho de General de la República, firmado por Guzmán Blanco y que ha probado en distintas ocasiones que es de los «que manda y vá», que se atrevan á decir que no es todo un jefe.

—En cuanto á eso, interrumpió un comerciante muy parco hasta entónces en sus aplausos al Gobernador y á quien se le sospechaba malavenido con el regimen imperante, nos consta á mí y á los intereses que represento que el General y Doctor al acamparse durante la última revuelta en una de nuestras haciendas de Carabobo, hizo galas hasta no dejar piedra sobre piedra de ese arte de acaparar provisiones, que Bonaparte y otros guerreros ilustres llamaron la clave del ejército.

—Viva el ejército !—gritaron varios jovenes que invadieron en aquel momento el local.

—Hola, Náni ! Ha dejado usted la pereza,—dijo el Doctor echando el brazo á uno de los recienllegados. Bienvenido sea á nuestro cenáculo, ese buen compañero de romería. Vamos, caballeros, acudid también á engrosar nuestras filas, y que vengan más copas, *garçon*.

—Estos señores han tenido la galantería de arrancarme de mi cuarto donde ya me moría de fastidio y veníamos sin rumbo determinado recorriendo la población. Amigos, dijo á los que le acom-

pañaban, tengo el gusto de presentaros, si acaso no le conocéis, al Doctor Augusto Mayoral, uno de mis generosos y habituales instructores en los misterios de la vida capitolina.

Y todos los que con Grimán venían rodearon al presentado, cambiáronse las frases de estilo y el pacto quedó sellado por el *garçon*, qne diestro ya en el desenlace de tales alianzas, aportó á la mesa un par de bandejas de bruñido níkel pobladas de numerosas copas en las cuales ya había derramado el jugo incitante de la vid un digno oficiante de Baco, que con aires de magíster, se paseaba tranquilamente tras la barandilla del botiquín.

***

Era el Doctor Augusto Mayoral uno de esos productos mitad ciencia, mitad tacañería, que suelen dar en sus frecuentes humoradas muestras muy ilustres universidades. No estudian nunca, se valen de cuantas trácalas son imaginables para no ser reprobados en los exámenes y al fin coronan el éxito y obtienen la borla. Han sido los rezagados en las aulas y vienen á ser después los parásitos de la ciencia. En cambio, aprenden á conocer la vida bajo un punto de vista esencialmente práctico y divertido.

Mayoral era uno de los más caracterizados y expertos. Había sido un estudiante desaplicado y era un médico detestable, pero audaz y parlachin cual ninguno, supo rodearse de algún renombre, gracias á su garrulería vigorosa.

Por su feliz virtud de charlatán público al servicio de todos los gobiernos, las veces que fracasaba en el ejercicio de su

profesión científica, apelaba á la política y equilibraba las pérdidas que sufría en aquélla con las ventajas que solía obtener en ésta.

Tanto fué el cantaletear de los periódicos para la época en que él hizo su debut en política acerca de los quebrantos, torturas y agonías del país, que Mayoral llegó á creer de buena fé que no estaría demás el concurso de algunos médicos para poner á salvo la salud del abatido paciente. En una de las tantas revoluciones anteriores había salido á campaña, ejerciendo el doble cargo de Médico–proveedor, más sucedió que si por una parte los pobres heridos pasaban á mejor vida casi al practicarles la primera cura, la escarcela del campante galeno, se ensanchaba desmesuradamente y amenazaba reventar en precipitado é inminente embarazo.

El Doctor Mayoral había acopiado á la vez otros conocimientos que nunca están demás en un hombre que ha de culminar á fuerza de aturdir á sus semejantes, y aunque inédito,—porque no gustaba de verse confundido en el «montón de granujillas» que á su decir habían invadido el palenque literario,—se las presumía de prosista y aun de poeta de no limitado numen, siéndole cosas comunes dar un juicio crítico sobre cualquier trabajo de pluma ó lira, ó dosificar los ingredientes de los emplastos, jarabes y

purgantes que menudeaban en sus mortíferos *récipes*.

Su amistad con todos los hombres de algún peso en la administración pública era proverbial y los que no fueron sus discípulos como el Gobernador, habían militado á su lado ó les había asistido algún deudo, arrancado siempre por su ciencia del sombrío dominio de las Parcas. También sabía medir el ascendiente que pudieran alcanzar en el ánimo del primer Magistrado ciertos ministros y otros empleados de alto rango, de los cuales se aproximaba ó distanciaba según el grado de privanza que aquél les concediera. El Doctor Mayoral era por lo demás un tipo simpático é insinuante con quien se podían pasar un par de horas de amena y jovial tertulia.

A realizar los proyectos que acariciaba para los días en que se desarrollaban los sucesos que narramos, se radicaría en La Victoria por tiempo indefinido. No era solamente el propósito de asistir á unas fiestas que en su interior calificaba de insulsas y campechanas, lo que le había determinado á presentarse en Aragua. Por de pronto necesitaba él un escenario más pequeño y en el que á la vez gozara de las ventajas de la incógnita. Ya su clientela de Caracas se había ilustrado demasiado y entraba en sus planes para el porvenir la conveniencia de hacerse olvidar allí un poco de tiempo.

***

—No soy como el amigo Náni, que se ha engolfado en un escepticismo que al fin de fines habrá de conducirle á «Catia.» Brindo, señores, por la muy selecta concurrencia aquí presente,—gritó al fin con estrepitosa entonación.

La libación prometía ser fuerte y continuada. Ya el almibarado escribiente gangueaba entrecortadas estrofas laudatorias en honor del Gobernador. El comerciante dando fuertes golpes con el bastón ordenaba al botiquinero que sirviera de los más exquisitos licores.

—Estos son días de ruidosa francachela,—exclamaba con voz ronca y entrecortada.—¡A la carga, muchachos! y que no se diga que tantos buenos mozos nos rendimos sin pelear.

Cada uno de estos exordios correspondía á un cambio de frente del *garçon*, á una sonrisa del silencioso botiquinero y á una nueva explosión de los bebedores.

Nada hay que diafanice más las ocultas inclinaciones del hombre como la momentánea fluidez y desparpajo que le reaniman cuando vacía en el estómago unas copas de alcohol.

En aquella aglomeración de caracteres variados y casi desconocidos entre sí, cada quien comenzó á hablar de sus asuntos y tendencias favoritas.

—Y bien, Náni, supongo que no continuarás tu viaje á Valencia. Yo no pienso regresar á Caracas todavía. El Jefe se ha empeñado en apoderarse de mi.....

—No reanudaré mi viaje hasta la entrante semana,—replicó el jóven,—pues ya que me detuve aquí quiero aprovechar el tiempo y practicar algunas diligencias. Y qué hubo del soneto de *Paquito Rabioso?* Ah! me imagino que Laura te ha echado el garlito. Cuidado, Augusto, que la aljaba de Cupido nunca está desprovista de flechas.

—No hay que temer, Náni. Ando envuelto en una buena coraza donde se embotan todos esos dardos. El soneto lo confié hace rato á la amabilidad de Ciro Martel, para que le imprima las sonoridades de su *Laúd*. ¿No es así, Ciro amigo?

—Y vibrará con la dulzura de un arpegio,—respondió con énfasis el periodista interpelado, satisfecho sin duda alguna de contribuir á la glorificación de una dama.

—Admirable estuvo en su sermón de anoche el padre de Céspedes. Qué elocuencia, qué bellos giros retóricos y qué timbre de voz. Merecía ser aplaudido, no obstante la gravedad del recinto!

—Quién nos habla ahora de curas y de sermones, de cirios y de incensarios, cuando estamos guarecidos en la caverna deliciosa de Naxos?

—Permitidme la palabra, ya que habéis charlado por medio regimiento de canónigos, —dijo Náni, poniéndose de pié. Habláis de deliciosas cavernas báquicas y de brillantes retóricas evangélicas con una promiscuidad de apreciaciones que delata á lo vivo cómo los vapores posados en esas botellas remolinean ya en vuestra imaginación. El señor Don Julián, nuestro honorable comerciante, nos pondera las singulares dotes oratorias del padre de Céspedes, con el entusiasmo vehemente de un *dilettanti* que viera el éxito de su diva favorita. En un hombre de negocios como él, mejor cuadraría decirnos de las alzas y bajas del café y de los últimos valores de la Bolsa. Si sóis verdaderamente cristianos, no hacéis bien en exaltaros por que uno de esos hombres apellidados ministros de un culto cuya supremacía es tan combatida, haya sido feliz en la tribuna sagrada. No conozco á vuestro P. de Céspedes, pero me imagino que si es un cura inteligente, no andará enconchado en la cáscara de la su-

perchería, lo cual no impide tampoco que sea un sacerdote ejemplar. Está averiguado que no escaso número de clérigos no baten el incensario de buena fé y que sus genuflexiones ante el altar vienen á ser lo que la sonrisa en los labios del posadero, y la compunción del médico ante el lecho del moribundo. Esta opinión, aislada quizás de mis íntimas convicciones, no implica que yo sea uno de esos enemigos sistemáticos del clero y que niegue la magestad de la virtud, vaya ó nó ceñida de talares vestimentas. Lo que sí me choca y censuraré siempre, es la hipocresía elevada á profesorado, el golpe de pecho sin verdadera contrición, la hermosa y conciliadora parábola del divino Maestro, sustituida en el templo por el rugido de la ira y el rechinar de la cólera. Sí, lo que han hecho esas manos sacrílegas es desfigurarnos al Cristo y trocárnosle por una especie de Dios pusilánime y desidioso que permite á sus administradores en la tierra todo género de fraudes. Nos dejamos vencer por el absurdo y la mojigatería y ellos, astutos y embusteros, y el resto de la humanidad frívola y tolerante, vamos minando insensiblemente la obra secular del grandioso Nazareno.....

Una salva de aplausos y risotadas siguió á aquella extemporánea peroración de Grimán y algunos furibundos clericales le reprobaron en alta voz sus

conceptos olientes á azufre y otras emanaciones del averno. Los más tolerantes atribuyeron tales palabras á la influencia del coñac.

También pretendes.—le apostrofó Mayoral,—destruir las creencias religiosas de nuestros amigos y echar por tierra las augustas insignias del altar, como osaste no ha mucho hacer bambolear ante mi vista algunas notabilidades de nuestro mundo social y político? Eres acaso un demoledor de todo cuanto existe creado, impuesto y venerado por las tradiciones? Sé que en Caracas te rechazaron un trabajo sobre el delicado tema que acabas de plantear y que parece ser una obsesión en tu mente y desearía conocer algo más sustancial que me dé una idea de los puntos que calza en realidad el incorregible sectario de la duda. Muéstrame esos originales.

—No seré yo quien me oponga á los deseos del ilustrado doctor Mayoral, y tendré mucho gusto en leerle los capítulos aludidos y rechazados por la prensa de Caracas, que no admite hoy nada que vaya en contra de la «adoración perpétua» á que se ha consagrado con tanto fervor.

—Aceptado, querido. Antes de separarnos definitivamente quiero sondear el fondo de tus creencias. Una vez que el lunes hayamos desterrado el estropeo que ha de provenirnos del baile, nos reuni-

remos en la imprenta de Martel y continuaremos solemnemente esta sesión.

—En mi casa ó en los talleres de *El Laúd*, recibiré siempre con los brazos abiertos á mis nobles camaradas. Sólo impondría una ligera modificación, si se me permite, y es ésta: que sea de los nuestros el P. de Céspedes, que es mi amigo y que le gusta discutir un poco con los libre pensadores, dijo el periodista guiñando un ojo.

—Perfectamente. Que sea de la partida el renombrado levita,—concluyó Náni sin inmutarse ante la perspectiva de un debate cuyas consecuencias no podía prever.

Durante la inesperada retahila de nuestro misántropo, las filas de la truhanesca congregación se habían clareado y el grupo que quedó en pié, paladeó un último trago con igual fruición.

El doctor Mayoral y dos ó tres empleados militares al servicio inmediato del Gobernador, que no habían tenido á menos humedecer sus laureles con una copiosa rociada de brandy, se despidieron pretextando que aquél les esperaba á un banquete con que había de obsequiar esa tarde al renombrado personaje de que ya hemos hablado.

Náni, Ciro Martel y Don Julián, se encaminaron al hotel donde el primero, sin andarse con muchos cumplimientos, les había invitado á comer.

La noche había envuelto en su clámide de sombras las campiñas aragüeñas, pero la ciudad, dispuesta á contrarrestar las tinieblas y á prolongar la algazara á despecho de aquéllas, hizo brotar en todas partes surtidores de luces aprisionadas en funambulescas celdillas de papel; en las plazas, calles y paseos hormigueaba la muchedumbre, las bandas de música llenaban el espacio de acordes y hasta el brillo de las estrellas titilaba nerviosamente hostigado por el ataque de mil saetas luminosas disparadas por los más indisciplinados escuadrones de la traviesa gaminería victoriana.

***

Jamás gacetillero alguno fue tan descarado y oficioso en el mentir como Ciro Martel en la revista que escribiera con motivo del baile que en la noche del 21 de Marzo de 1898, congregó en los salones del Casino á cuanto de aristocrático y elegante guardaba en su recinto la villa histórica, que una centuria atrás se había estremecido de espanto cuando aullaron á sus puertas las feroces jaurías del siniestro asturiano.

Las columnas de *El Laúd Calanchino* impreso en fino papel satinado, aparecían atiborradas de prosa y verso, ora bullidores como los arroyos que se desprenden de las hondonadas y de las cuestas y corren á perderse entre las yerbas de las praderas, ora apacibles y susurrantes como la brisa que encrespa la plateada cabellera del viejo Tacarigua, de aquel manso lago en que según una tradición indígena encerró un feroz embajador de

Amalivac á veinte y dos de sus siervas más hermosas, cuyos amantes, metamorfoseados en otros tantos ríos, rondan la hidráulica prisión y aumentan el caudal de sus serenas ondas con el desbordamiento de sus lágrimas inenjugables.

Al sentir del talentoso periodista y de sus asíduos colaboradores, el vistoso brial recamado de cintas y pedrerías que engalanara en esos días la Revista aragüeña, era la más palmaria traducción de la cultura intelectual del terruño en aquellos intervalos de ardoroso entusiasmo, algo así como una brillante diadema ceñida al festival, en cuyos afiligranados cortes y relieves habían operado tesoneramente muchas manos que no pocas veces se tendieran suplicantes al invisible larario de las musas; pero como toda obra humana adolece de imperfección, el mismo Ciro, sin darse cuenta de ello, había incrustado en la suya algunas gemas falsas que menoscabaron el mérito de aquella joya literaria y empañaron su resaltante nitidez. Fue tanto su empeño en hacer del baile que reseñaba una de esas maravillosas veladas que nos cuentan las narraciones orientales, que al fin no hizo otra cosa que ensartar un manojo de exóticos vocablos que nada revelaban de lo que había ocurrido y que sólo dejaban en pié la extraordinaria alucinación del narrador :—« Aquel acto ha grabado « tal impresión en el espíritu de quienes

« tuvimos la suerte de presenciarlo,—de-
« cía,—que su realización nos parece ahora
« taumaturgia de hadas y de génios dados
« á poblar nuestra fantasía con las vagas
« apariencias de un lejano ensueño. De
« los áureos contornos del Casino se des-
« prendía una espiral de perfumes que
« arrancado á la savia opulenta de nues-
« tros pensiles y confundido con la mag-
« nífica irradiación de las bujías, iba á lan-
« guidecer en el dombo azulado de las nu-
« bes, como una vía láctea tendida entre
« los astros de la tierra y los astros de los
« cielos. Festoneadas de palmas y de flo-
« res las columnas y pilastras que sostie-
« nen los elevados techos, parecían velados
« por un prodigioso encaje tejido en la es-
« pesura de las selvas por curiosas drías-
« das y complacientes faunos. Como par-
« vada de encantadas mariposas aleteaban
« de los zócalos al *plafond* y de éste á los
« corredores *á giorno* iluminados, simbólicas
« flámulas y alegóricas guirnaldas. Pen-
« dían de las cornisas de puertas y balcones
« riquísimos cortinajes desplegados como
« el velámen de imperial bajel romano.
« Una espaciosa redoma formada con vis-
« tosas palmeras y otros arbustos tropi-
« cales cobijaba el estrado que se destinó
« á la orquesta y cuando los ugieres anun-
« ciaron la llegada del Gobernador, seguido
« de su brillante comitiva, borbotó una
« cascada de harmonías del fondo de aquella
« mágica gruta donde parecía haber asi-

« lado Apolo una legión de sirenas y del-
« fines. Un chinesco juego de equidistan-
« tes kioskos llenos de espejos y de colga-
« dores luminares servía de tocado á las
« damas y de *rendez–vous* á los caballeros
« que reposaban un instante del raudo tor-
« bellino del vals, y en otros más ámplios
« se despachaban en primorosos envases de
« cristal y de porcelana de Sevres, las glá-
« cidas bebidas y el excitante sumo del la-
« gar. Tal era la profusión de beldades
« que se ofrecieron á nuestra admiración
« que el Casino ofrecía á todas las mira-
« das la apariencia de un templo de mar-
« fil erigido á Terpsícore y donde albas ves-
« tales ofrendaban á la diosa la grata obla-
« ción de la danza y el aroma perturba-
« dor que emanaba de sus divinales formas.

« Entre los caballeros que acompañaban
« á Su Excelencia y que con él aspiraban
« la fragancia de aquel sin igual manojo
« de alegrías, de bellezas y de acordes,
« estaban el General José Bonifacio Gám-
« barra, el de valor indomable en los com-
« bates y el que cautiva en los salones con
« su ingénita amabilidad, el Doctor Au-
« gusto Mayoral, de la Escuela de Hipó-
« crates, cuya palabra autorizada ha reso-
« nado en las cátedras y anfiteatros de la
« capital, Don Pascual Arreboldeira, tra-
« ductor de clásicos griegos y latinos, flui-
« do y epigramático versificador que nos re-
« monta á los días ya lejanos de los Que-
« vedo y los Arvelo, é individuo de nuestra

« docta Academia, el Bachiller Constancio « Moscardón, hábil oficinista y admirador « fervoroso é incondicional del Jefe á quien « presta sus servicios, el R. P. Antenor « de Céspedes, orador de la preclara estirpe « de los Bossuet y de los Didón, que « no habrá de ofender la austeridad de « su ministerio, porque haya deleitado un « instante sus oídos con la vibración de « una música profana; y tantos otros perso- « najes de altisonante nota social, cuyos « nombres no necesita nuestra pluma enu- « merar.».....

Así se escribe la historia ! El ditirambo y la ampulosidad de un lenguaje rebuscado en diccionarios, hueco, supérfluo y plagado de neologismos, hicieron de un sencillísimo baile de pueblo, una babilónica bacanal en que sólo faltó la cólera de Jehová para que ostentase también su rastro divino.

Cuando Ciro Martel terminó aquellas cuartillas lanzó un suspiro de satisfacción, llamó á uno de sus empleados y afectando acaso el tono imperativo con que debió el Libertador dictar la célebre proclama de Trujillo, le ordenó :

—Lleve usted esas cuartillas á los cajistas y una vez concluída la composición, procedan á imponer, corregir y hacer la tirada de *El Laúd*, sin perder un instante.

Era su *fiat lux* arrojado á la faz de La Victoria !.....

***

—Es así como se es puntual, queridos.

—Ni el señor cura á quien creíamos durmiendo la siesta todavía, ha faltado á la cita.

El P. de Céspedes entraba en ese momento á las oficinas de Ciro, se despojaba del manteo, y arrollándose el balandrán, se sentaba á horcajadas en una hamaca colgada de uno á otro extremo de la habitación.

Era uno de esos hombres cuya edad parece ser un enigma, pues si el sol de los años ha plateado sus cabellos, la primavera de la juventud vive en indeclinable lozanía en su espíritu. Alto, vigoroso, de atléticas espaldas, bien parecido, mostrando en el semblante más de la franqueza de un alma sencilla que de la seriedad profesional de su misión, el Padre Antenor,—como le llamaban familiarmente las beatas de su parroquia,—era un levita virtuoso sin gazmoñerías, ilustrado sin vanidad, comedido sin

alardear de estudiada santurronería y alegre y comunicativo sin rayar en la charlatanería. Había aprendido su oficio sin tomar de sus reglas más de lo indispensable para llenar honrosamente sus deberes. Era tolerante,—rara condición en un cura,—y desprendido y generoso, virtudes que no todos los que visten sotanas llevan á la más rigurosa práctica. Tenía fama de orador elocuente y éralo en efecto, sin que su clara dicción se amoldara siempre á la emblemática monotonía del dogma.

Gustábale rodearse de jóvenes y los aconsejaba sin reprensión y trataba de convencerlos sin apelar á las amenazas ni al insulto.

Ya vimos figurar su nombre entre los concurrentes al baile y aunque se proponía reñir á Ciro por haberle delatado ante el público como infractor de las continencias á que estaba sometido, no por eso había dejado de gozar oyendo las cadencias armoniosas de los violines y clarinetes, el dúo sollozante de los violoncellos y obóes, la marcial agudeza de los cornetines y el argente reir de las guitarras; y si el aroma de las flores y alguna chispa de aquel incendio de miradas ardientes rebotó á sus piés é hizo vibrar sus fibras, súpola apagar con disimulo, sin permitir que dejara en su semblante el signo de la más leve quemadura.

Era íntimo amigo de Ciro Martel y últimamente no le eran desconocidos ni el

carácter jovial del Doctor Mayoral ni la inveterada hipocondría de Náni.

En el baile estrecharon sus manos y el apóstol y los seglares bañaron el espíritu en el aura de un mismo champagne.

Tenían ya algún rato platicando en la imprenta, haciendo reminiscencias de los detalles más interesantes del sarao. Unos opinaban que ni en Caracas se había dado otro igual y éstos y aquéllos se lamentaban de que Su Excelencia algo excedido en el licor,—porque según la afirmación de Augusto era «muy débil»—se hubiese retirado mucho antes de concluirse el acto.

Un jarrón de arcilla circulaba entre los invitados, del cual vaciaban en los irritados estómagos primitivo refresco esencialmente criollo, servido por turnos en un raro recipiente formado por la cáscara de un coco esculpido por algún Benvenuto regional.

—Despliega, Náni, tus banderas, estamos á la orden.

El joven guardó silencio mientras el contado auditorio se arrellanaba en las poltronas y mecedoras, más en actitud de reanudar un sueño, poco antes interrumpido de mala gana, que de prestar atención á Náni.

Este continuó callado y después de un lento desperezamiento exclamó parodiando al ilustre vencido de Pavía:—Todo se ha perdido, menos el honor.

—Cómo? Y los originales? No los trajiste?

—Fue tanta la precipitación y ardor en nuestra tenida de la otra noche que se me fué por alto decirte que la víspera de mi venida los había arrojado al fuego, disgustado por el éxito nefando que de antemano les esperaba. No ha mucho que al buscarlos para traértelos y para ver el efecto que te producirían, fué que vine á recordar aquella incineración, que ahora celebro doblemente, pues así podré conservar el buen concepto que ya me dispensa el Doctor de Céspedes. Mi trabajo no era otra cosa que un diabólico panfleto contra el clero, mejor dicho, contra cierta porción del clero que se ha atraído el anatema de la crítica universal.

—Y creéis, amigo mío, que os iba á tomar ojeriza por tan poca cosa? Sé de antemano lo que podíais decir en vuestro malogrado panfleto, si como acabáis de asentar, atacábais en él á una parte ó la totalidad del clero; y me alegro de que lo hayáis dado á las llamas, para no verme en el caso de arrojaros también mi excomunión. El clero, á semejanza del grifo de la fábula, ruge como el león y clava sus garras como el águila, y vuestro nombre lo habríamos devorado sin misericordia. Se observa que la generación actual se reciente de la vetustez de unas creencias que datan de veinte siglos y que la aspiración de ciertas castas tiende á evolucionar

en el sentido de implantar nuevas reformas en la idea cristiana; pero nosotros, que representamos la moral y el poderío de sus principios, no repararemos en medios para acallar ese clamor. Decís que no tratáis de atacar la doctrina de Jesús, sino de hacer frente á la superstición y al fanatismo, que nos echáis en cara, como armas bastardas. Se trata acaso de suprimirnos, ¿no es así, señor Don Náni?

—O de moralizaros, Padre mío.

—Moralizar el clero? Sofisma digno de la mente de un soñador,—continuó el sacerdote animándose por el giro que tomaba la conversación.—¿Y es acaso posible perfeccionar lo que está perfecto, moralizar la moral misma y escribir la verdad donde se ha grabado la realidad inmutable? Ha llegado la corrupción al extremo de que las ovejas digan al pastor cómo es que ha de conducir el rebaño, ó es que aquél ha abandonado en el aprisco el cayado y la zampoña, y las manadas se dirijen por sí mismas?

—La humanidad, Doctor de Céspedes, ha alcanzado tal grado máximo de adelanto que ya no es posible que continúe sugestionada por la ambigüedad de vuestros dogmas, sino por las maravillas positivas de la Ciencia. Los tiempos son de saludables desengaños y el hombre ha descubierto que ha venido siendo víctima de la falsía. Los tiempos son de lucha y el espíritu háse

convencido de que no podía volar porque le manteníais atado. La civilización y el progreso no son palabras huecas cuyo sentido práctico verdadero puede adulterar las bulas del Papa, y después de haber destruido el fanatismo y amedrentado á los tiranos de los cuerpos, la razón y la lógica van á pedir cuenta de su misión á los dominadores de las almas. Ah! ¿Y cómo responderéis á las concisas interpelaciones de la Historia? Diréis que forjásteis los goznes de ese freno que ha contenido á la híbrida bestia social al borde de tantos precipicios; diréis que en la soledad de vuestros claustros habéis arrancado á esa misma Ciencia que hoy os acusa, sus más valiosos trofeos; diréis que en vuestras frentes está estampado el ósculo de Dios y que el mundo no podría vivir sin cumplir los preceptos que predicáis en vuestras pomposas basílicas; que el hombre, pobre cegato que corre en pos de una eterna luz, habrá de menester siempre que vosotros le apartéis los obstáculos que le separan del dintel de los cielos; y cuando se os pregunte por qué suspiráis por la reimplantación de vuestro abolido régimen teocrático, responderéis con suprema autoridad que el mundo os pertenece por derecho de conquista y que fué vuestra palabra evangélica la que derrocó la Roma pagana y edificó sobre sus ruinas vuestra Jerusalém ideal. Pero el mundo ha envejecido demasiado y la experiencia le hace reir de tales añoranzas.

—Luego sóis de los que creéis en la desaparición de la Iglesia apostólica?

—En su decadencia, Doctor de Céspedes. Y sabéis por qué? Por que sus desaciertos, tan antiguos como su institución, le van arrancando día por día, girones del inmenso poder que logró cimentar sobre la tierra. Un pueblo á quien ha concedido la naturaleza el sublime privilegio de encarnar las augustas conquistas del derecho y de alzar en su poderosa diestra el lábaro de las redenciones sociales; un pueblo que ha vertido á todos los idiomas el himno de las supremas libertades del pensamiento, ha dado ya la voz de alto á las falanges mercenarias del Vaticano. Y ese pueblo, al declararse en abierta rebeldía contra el poder del hisopo y de la mitra, no ataca por cierto la idea concreta del Cristo, sino á quienes la han deformado hasta el punto de hacerla solidaria ó encubridora de sus yerros inauditos.

—Una nación hereje, hijo mío. Un pueblo impío que hemos segregado de nuestra santa religión como se desecha un miembro gangrenado y pestilente.

—Que os ha segregado á vosotros, debiérais decir con más propiedad. Una nación que cansada de soportar el peso de vuestra influencia perniciosa y de pagar muy caro el retroceso en que la envolvíais, se ha emancipado de vuestro sombrío patrocinato; y porque no obstante vuestras prácticas conservadoras, no supísteis arrai-

gar el amor y el respeto que os profesaba ese pueblo viril, le llamáis ahora herético é impío, en vez de echaros en cara vuestra inhabilidad para conservar la herencia que os legaron los siglos tenebrosos en que fuísteis árbitros del mundo.

—Estáis imbuido en el más craso ateísmo y os veo sugestionado por ese atajo de librepensadores, cuya libertad de razonar consiste precisamente en no pensar en nada lógico ni verdadero. Estáis deslumbrado por el fuego fátuo que despiden las páginas de esos libros heresiarcas y ponzoñosos, cuyos autores pretenden desenclavar la cruz de la cima del Gólgota y desmembrar la fé que debe todo cristiano á sus creencias.....

—No, padre mío. Esos hombres no pretenden hoy ni han pretendido jamás arriar el pendón que simboliza las más nobles aspiraciones de la humanidad. La cruz será la única enseña que flameará victoriosa en el santuario donde las conciencias se prosternan ante Dios, porque ella representa, no la preponderancia de una secta, sino la magestad de un principio universal. La cruz es la primera letra de ese alfabeto en que se escribieron las más hermosas parábolas de la libertad y ella recordará siempre al hombre de todos los climas y al adepto de cuantas religiones existen en el mundo el holocausto del Sabio, la abnegación del Apóstol, la resignación del Mártir y la divinidad del Bueno; pero aquellos que

poseídos de rabia é insensatez han deshojado esa flor de esperanza y de consuelo eterno, aquellos que al soplo de sus pasiones huracanescas han trocado en furiosa hoguera la suave luz que irradiaba sobre la faz del planeta desde la cumbre de ese Gólgota cubierto ya de brumas y hecho casi inaccessible á las miradas de los pueblos, aquellos que han adulterado la sencilla doctrina del Galileo y convertido en venduta vulgar el templo de Sión, esos, Doctor de Céspedes, serán objeto del escarnio ó del desprecio de su desencantada grey. Diríase que Jesús confía á las manos de ese pueblo que ha comenzado ya á flajelar espaldas culpables, el mismo látigo que empuñara un día para arrojar los mercaderes de la casa del Señor.

—La Iglesia Romana será eterna y al Pontificado esperan aún jornadas gloriosísimas—replicó el sacerdote enjugándose el copioso sudor que bañaba su despejada frente.

—Si la reformáis ó morigeráis vuestros dominantes instintos. Cierta parte del sacerdocio católico ha sido el primer factor en la obra inexplicable de desprestigiar el culto, y si es evidente que en vuestra numerosa asociación han descollado varones eminentes, esforzados guardianes de la cristiana fé, hombres sabios y justos, sobre cuyas cabezas venerables ha resplandecido el nimbo de la santidad espiritual, no me negaréis, ¡oh! ilustrado levita, que el mismo

afán de extender y multiplicar vuestras legiones las ha plagado de grotescos aventureros de todas las razas, de taimados merodeadores, que tras las rejillas del confesonario y en las penumbras de las sacristías ríen con carcajada satánica de la inexperticia de sus feligreses, de especuladores redomados que alardean de cualquier simple detalle de piedad ejercido adrede para que los crédulos los tomen por filántropos y les colmen el socorrido platillo de brilladoras monedas, de habilísimos comediantes que han descubierto que nada produce tanto efecto á los ojos del vulgo como aparentar la humildad de un Vicente de Paúl, bajo la cual se puede ocultar cuidadosamente la codicia de un israelita. Y si me abstengo de enumerar los que arrastran sus arreos en el seno de las concupiscencias descaradas y los que manchan con el contacto de sus manos impuras los sagrados emblemas del incruento sacrificio, es porque me sería penoso hacer en vuestra presencia una prolija revelación de los vicios y apostasías que han hecho de esa gran parte del clero, no la trilogía de la luz, del amor y de la confraternidad por todos predicada, sino un siniestro vivero de odios, de sombras y de egoísmos.

—Prueba de tolerancia os he dado escuchando impasible casi, los irreverentes conceptos que habéis emitido en contra de la comunidad á que pertenezco. La prudencia que en mí habéis observado no me la

inspiran por cierto las órdenes que recibí, sino la innata moderación de mi carácter y la curiosidad que siempre en mí han despertado las opiniones agenas, aunque éstas sean diametralmente opuestas á las mías. Os advertiré, sin embargo, que el clero no lo constituimos ángeles sino hombres y que como tales, estamos expuestos á todas las debilidades de la naturaleza humana. No os guardaré rencor por los agravios que acabáis de inferir á un cuerpo del cual soy parte integrante, y esta humilde rama del árbol que pretenden derribar, os cobijará amorosamente cuando tengáis necesidad de su tranquila sombra. Yo os absolveré como sacerdote y os conservaré mi aprecio como amigo, porque soy de los que creen que la atracción de las almas descarriadas, no debe operarse por medio de la violencia y el rigor, sino empleando la persuasión y el cariño. Dije y repito, que para el Pontificado han de venir días mejores, y mientras que la blasfemia y la impenitencia de sus enemigos le ataquen apasionadamente, en el seno del clero se operará un cambio radical que habrá de transigir con las imposiciones del siglo.

—Ah! Si todos los clérigos pensaran como vos, padre mío, se salvaría la Iglesia católica y la reacción que la amenaza de muerte, se trocaría en bendiciones,—dijo Náni con dulzura.

—¿Y porqué dudar de la infinita misericordia de Dios? Esa onda perturbadora de

las sanas creencias rebatirá en torno nuestro con estrépito, anonadará á muchos, dispersará á los farsantes, mientras que los elegidos abrazaremos la cruz para morir en ella si es necesario y vencer al gentilismo actual con el holocausto de nuestras vidas.

—Oh ! Padre, perdonad ! Desconfío mucho de los redentores del siglo XX y temo que los modernos fariseos no os crean siquiera dignos de apedrearos. El mejor sacrificio que podéis hacer en obsequio de la humanidad es el de despojaros de vuestras faldas y dejar al mundo, que ya se ha restregado los párpados después del prolongado letargo en que le teníais sumido, se las avenga como pueda en su marcha á tientas hacia lo desconocido. La razón del hombre se pasea por todas las cumbres y no necesita intermediarios para elevar sus plegarias á Dios. Y no permita el cielo que yo sufra la pena de veros algún día colgado como cualquier Gestas de retablo por redimir á un mundo que si ha adorado al Cristo verdadero no parece dispuesto á tributar homenajes á los falsos crucificados de hoy. Dejad, Doctor de Céspedes, que la humanidad se salve ó se condene según su propia conveniencia ó aficiones.

El sacerdote no pudo menos que reirse de aquella sarcástica salida de Grimán, y como observara que la mayor parte del auditorio se cabeceaba de sueño en las butacas, exclamó :

—Como en Gethzemaní, todos los discípulos se han dormido !

—Menos Juán, que sólo se ha movido del huerto para haceros confortar con un poco de café,—dijo Ciro que á la sazón entraba trayendo dos tazas de hirviente moca.

Náni aprovechó aquel receso para dar por terminada la discusión temiendo, quizás, que llegaran á acalorarse, dar al traste con la prudencia que hasta allí les había serenado y perder el aprecio que en su interior sentía por aquel cura tolerante y franco.

—Me despido por ahora, Doctor de Céspedes. Quiero aprovechar lo que nos resta de la tarde para verme con varias personas que partirán mañana de La Victoria. Espero que continuaremos siendo muy buenos amigos.

—Hasta donde puedan serlo un ateo y un clérigo, dijo éste estrechándole la mano.

Cuando hubo partido, muchos de los que no se habían enterado del cordial desenlace de la controversia, somnolientos como habían permanecido hasta entonces, se desataron en improperios contra el ausente.

El escribiente Moscardón á quien Grimán se le había antojado un sujeto poco aficionado á Su Excelencia por la frialdad conque había acogido más de una vez sus conceptos palatinos y por cierto « despego » que á la persona del Gobernador le había notado, murmuró bostezando :

—Qué imbécil, qué imbécil. Y que atreverse á alzar la voz en presencia de nuestro orador. No digo yo que estos insoportables boquirrubios son capaces de meterle las cabras en el corral al que se descuida con éllos. El mocito se las echa de rebelde en todo terreno ; no hay que perderlo de vista.

—Y tiene la manía de las contradicciones,—añadió el Doctor Mayoral, estirándose tan á lo largo como se lo permitían sus piernas.—Ha cantado al P. de Céspedes la Marsellesa de sus negaciones sistemáticas, en el mismo tono en que me la tarareó á mí en el wagón. Sin embargo, me va interesando ese muchacho.

—Otra te pego! gruñó Moscardón.

—Es un alma sensible, pero mal impresionada. Ha abrevado en la fuente del error y se ha dejado vencer por la impiedad ; si pudiera verle con frecuencia procuraría salvarle, concluyó el sacerdote; y ciñéndose sobre los hombros el manteo, tomando el paraguas y el sombrero y despidiéndose de los circunstantes, se dirigió al templo.

Los otros contertulios después de saborear el café que Ciro les ofreciera, se dispersaron tomando diversas vías.

El periodista quedó sólo en la imprenta con algunos tipógrafos que ponían en orden los chivaletes y cajetines y organizaban el trabajo para el siguiente día.

—Y qué ha dicho esa gente de *El Laúd* ? —preguntó á uno de los que acababan de llegar de la calle.

—Todo el mundo lee con avidez el soneto de *Paquito Rabioso*, la oda de Don Constancio Moscardón al Gobernador, las octavas reales del viejo Arreboldeira, las estrofas decadentes del portero del Casino, el discurso de Su Excelencia y todo el material literario del periódico, pero de la revista del sarao, apesar de haber gustado muchísimo á algunos y especialmente á Don Constancio que se complace en oirse llamar adicto é incondicional, dicen ciertos canallas, quizás porque seguramente no fueron invitados al acto, que la descripción de usted no está rigurosamente ajustada á la verdad y que el tal baile no fué lo que ha pintado con tan delicados matices sino una baraunda de mil demonios; que se robaron los cubiertos del *bufet*, que no faltaron lechuguinos que ocultaban debajo del frac servilletas y otros primorosos utensilios, tal vez impulsados por el natural interés de conservar á lo vivo un recuerdo de la reunión; que los bolsillos del maestro Nicolás,—ese viejo que acaba de salir de aquí tambaleándose de sueño,—se convirtieron en verdaderas confiterías, dada la variedad de dulces, aceitunas y pastas almibaradas que acopió en los hondos abismos que la sabia previsión del sastre ha añadido á su prehistórico gabán; y.....

—No prosigas, cruel parlanchín, que me llenas de desencanto.

—Pero bástele saber al señor Martel una cosa importante y es que el Gobernador

está muy satisfecho de la reseña y que el General Gámbarra cuando se la leyeron, dijo que usted era mucho «plumario»; y según dice la gente, le darán un puesto mejor ó el General Gámbarra, por indicación de Su Excelencia, lo llevará á usted á su Secretaría; que será su mano derecha y su mentor, porque el pobre diablo aunque es muy guapo no sabe manejar su propio cacúmen y necesita rodearse de hombres inteligentes que le ilustren y le ayuden á desenvolverse. Y siendo esto así, cuando vaya usted al lado de su nuevo jefe, dispuesto á pulirle las entenderas, me acercaré yo á su bufete buscando trabajo; usted le hará ver que soy un muchacho muy bueno y de talento y él, que para entonces deberá oirle como un oráculo, le dirá: «bueno, Martel, tú eres el que mandas, haz lo mejor que te parezca»; luego usted me dirá: «Tobías, quédese con nosotros», y me declara en ejercicio de cualquier cargo secundario, que para el caso es lo mismo siempre que haya buen sueldo; y cuando usted se canse de darle barniz á su maniquí lo dejará por mi cuenta, que así como usted me ve, he servido de Mecenas á muchos adoquines de mi pueblo.....

—Basta, Tobías, basta por Dios! En diez segundo has levantado veinte castillos en el aire y has hablado más que el Padre de Céspedes, que Hernáni Grimán y que todos los curas y seglares juntos. Deja que los acontecimientos se desarro-

llen de por sí, no los precipites y cuenta con mi protección si llego á surgir. Véte con Dios.

—Está bien, señor Martel. Esperaremos con calma. Mientras tanto, avánceme cuatro duros á cuenta de mejores tiempos.

—Pillastre! Suponía ya que tu letanía concluiría por esos *Pater Nosters*. Toma dos duros y déjame en paz.

Tobías dió media vuelta y se retiró contento de aquella transacción en que le entraban diez bolívares que no habrían ingresado probablemente á su bolsillo si no hubiese fomentado ciertas esperanzas en el ánimo de Ciro, y volviendo la cabeza le gritó desde el zaguán:

—No deje de visitar á su hombre, señor Martel. No se duerma en sus laureles. Acuérdese de que la potencia del tigre no estriba en las garras sino en la agilidad.

Ciro Martel aparentó no oír la advertencia de aquel filósofo práctico, y poniéndose en traje de volver á la calle, se dirigió á «El Café de Aragua» en busca de más ámplias y autorizadas impresiones acerca de lo que ya suponía una apoteosis de *El Laúd*.

***

Terminadas las fiestas, Náni se despidió de sus amigos de la capital aragüeña y prosiguió su interrumpido viaje á Valencia.

Fatigado de las diarias preocupaciones y latentes rencillas del lugar en que había vivido hasta entonces, creyó que un cambio de residencia había de ser saludable á su espíritu y conveniente á su estado físico que decaía con alarmante celeridad.

En Valencia tenía él parientes que más de una vez le habían llamado á su lado, y uno de ellos que poseía una hermosa labranza en los alrededores de la ciudad, le llevó consigo abrigando la esperanza de que el aire puro del campo regeneraría el empobrecido organismo del joven.

Aunque Náni se hallaba doblegado por el cúmulo de contratiempos que le sobrevinieron y el desaliento y el pesimismo eran ya incurables en él, concibió una

débil ilusión que le mantuvo erguido y dispuesto á emprender de nuevo la lucha por la vida.

Pensó entonces en su padre; pensó en aquellos amorosos y sufridos ancianos, sus abuelos, á quienes tantas veces había llenado de tribulaciones; pensó en que, más que él mismo, habían sido ellos víctima de su inexperiencia; que aquellas manos rugosas por el tragín de los años habían cerrado los ojos de su madre muerta; que quizás aquellas canas venerables habían detenido su mano no pocas ocasiones, cuando poseído de rabia é insensatez la había llevado instintivamente á acariciar el arma que podía cerrar el largo expediente de sus desventuras; y un problema que jamás había planteado su imaginación se le representó desde allí imponente.....

.....

En La Victoria había logrado iniciarse en la amistad de algunas personas influyentes en política y fué presentado al Gobernador y á José Bonifacio Gámbarra, sindicado entonces entre los Jefes más prestigiosos de la milicia nacional y á quien los comentarios populares daban ciertas probabilidades de empuñar en el primer cambio de situación las codiciadas riendas del Poder Supremo.

Augusto Mayoral supo ser generoso y á pesar de las intransigencias de Grimán, lo colocó en el centro de lo que él llamaba su radio de protección.

Uno de aquellos días fué á levantarle á las cinco de la mañana:

—Vístete á toda prisa, no hay que perder un instante. Estás anunciado desde ayer tarde y quedaron á recibirte antes de salir para una cacería que hoy tienen entre manos!

Náni obedeció lo más pronto que pudo y siguió al Doctor á una quinta no lejana de la ciudad, donde moraba el Gobernador y en la cual se hallaba hospedado el General Gámbarra.

Ambos personajes estaban ya en pié y en disposicón de asistir á un lance de venados, en el que iban á tomar parte los más afamados tiradores de aquellos contornos. Don Constancio Moscardón, que con meloso dialecto acababa de leerles unos periódicos, tomaba un cepillo para limpiar las capas y los sombreros de los Jefes, Cuando entraron nuestros jóvenes arrugó el entrecejo, suspendió su doméstica faena, tiró el cepillo y los periódicos sobre un estante lleno de libros, de folletos y de papeles impresos y se retiró refunfuñando á un salón inmediato.

Augusto y Náni tomaron asiento en un cómodo confidente y esperaron unos minutos á los Generales que al fin penetraron en el gabinete de recibo hablando en alta voz de sus pasadas campañas contra los hombres y de sus muy próximas operaciones estratégicas contra los inofensivos venados.

La entrevista fué corta y se limitó á aquellos cumplimientos ya tan gastados y que á nuestros políticos sirve de resorte eficaz para poner en movimiento en favor de un sugeto determinado la mecánica del proselitismo personal. Náni que era de por sí reservado y tenía una práctica innata de las anomalías del medio en que vivía, les soltó unas frases adecuadas al caso y les dejó contentos. Cuanto á Mayoral, hallando propicia la ocasión para demostrar también sus conocimientos en montería, habló de podencos, de escopetas, de lances frustrados y de partidas victoriosas, en tales términos, que Su Excelencia y Gámbarra quedaron admirados de sus teorías de cazador fantástico. Al despedirse de Grimán le dijo el General Gámbarra:

—Escríbanos con frecuencia y ténganos al corriente de lo que ocurra en Carabobo. Acá le tendremos presente

Cuando salieron á la calle, el Doctor Mayoral que se había dado á catequizar á Náni y á otros amigos, con los cuales pretendía formar un núcleo de «gente propia» para ofrecerlo á su antiguo condiscípulo ó bien al General Gámbarra, hizo el elogio de los políticos en rotundos y exaltados períodos. El raro contraste que presentaba Grimán en sus costumbres y en su manera de pensar, no había podido menos que interesarle. Aliemos á ese veleta, había dicho ya á Ciro Martel; y el artista de *El Laúd* que también se sintió favorable-

mente prevenido hácia el joven, contribuyó por su parte á que fuese llevado á presencia del General.

José Bonifacio Gámbarra era en su modo de ser el polo opuesto de Su Excelencia. Hombre de rudas costumbres, llano en sus expresiones y nada versado en los embolismos de la política, solía quejarse de que los acontecimientos le hubiesen elevado á una altura que no había soñado jamás.

Las revueltas anteriores le habían arrancado de una finca rural que poseía y en la que había pasado su juventud dedicado al cultivo de la tierra.

Los revolucionarios le sorprendieron una noche, le despojaron de cuanto había podido reunir á costa de grandes privaciones y trabajos, no le dejaron una sola res en los potreros ni una mala bestia en el pesebre, y por último le prendieron fuego á unos tablones de caña que le representaban la salvación del crédito comprometido. A Gámbarra no le quedó otro recurso que trasladar su familia á la ciudad, recoger del desastre lo poco que respetaron las llamas, arrojar la azada en un rincón, colgarse la espada al cinto y decirse mentalmente: ¡ Ahora, á desquitarnos !

Las circunstancias le hicieron osado y valeroso y como tenía hijos, parientes y peones que le eran leales, encontró á la mano la base de su naciente prestigio y en dos ó tres encuentros pasó de la primitiva condición de cacique montaraz á la gerar-

quía de General en Jefe. No es el primer caso en que un triste pastor de ganados ha mandado ejércitos y ha trepado en Venezuela las alturas del Poder, y ya sabemos que no todos nuestros héroes emancipadores fueron profundos tácticos ni conocieron á fondo las teorías de la balística.

Lo que había logrado Gámbarra hasta entonces era ser un militar de orden, quizás porque siendo él en otro tiempo víctima del desenfreno de la soldadesca, sabía por propia experiencia que tales desórdenes son padrón de ignominia para el jefe que los consiente. La fórmula de juicio que empleaba para castigar la rapacidad de sus tropas rayaba frecuentemente en ferocidad y no se excusaba de firmar órdenes como la siguiente : « *El Coronel fulano de tal, Jefe del Cuerpo cual, pasará por las armas sin pérdida de momento á los soldados (aquí el nombre de cinco infelices) autores del robo de una cobija y otros efectos en el establecimiento del árabe Samuel Benzir* ».

Y aquellos oscuros soldados que merecían un ascenso porque vengaban al pueblo desbalijando á uno de esos vampiros que le succionan la sangre de las venas y el sudor de la frente, cayeron exánimes traspasados por el plomo homicida.

Da tales frutos la rectitud exagerada cuando no va acompañada de la inteligencia.....

***

Meras desavenencias entre los hombres de la alta política complican la situación del país y aumentan la exacerbación de las pasiones. Represión arriba, sublevación abajo y muchas partidas de facciosos que asuelan los campos y perturban la tranquilidad de las poblaciones: tales son los lineamientos preliminares sobre los cuales ha de destacarse el pavoroso cuadro de nuestras sacrílegas contiendas.

Como si no fuera bastante elocuente el plañidero historial de nuestras viejas rencillas ventiladas siempre á fuego y cuchillo, para probar al mundo que somos los eternos letárgicos de una extraña pesadilla marcial; como si necesitáramos evidenciar en nuestro doliente sonambulismo que somos los incorregibles aventureros del motín, dispuestos siempre á empuñar la lanza de «Mucuritas», embrazar el escudo caballeresco de «Junín» y atacar el fantasma de la opresión, ese descomunal molino de viento

que vemos alzarse á través de nuestras quimeras, ó para defender un derecho más ó menos legal agraviado por deshonestos malandrines; como si se hubiesen cicatrizado en el seno de la patria las hondas heridas abiertas por ese eslabonamiento inmisericorde de asonadas luctuosas; como si la tierra no sazonara sino frutos de discordia y purpurados gérmenes de muerte y pidiera todavía nuevo abono de lágrimas y de cadáveres; como si el ambiente se mantuviese impregnado de venenosos hálitos que extraviasen los sentidos é hicieran inextinguibles en el hombre los instintos feroces y el persistente afán de aniquilarse; como si los pueblos fanatizados ante el ara de Medusa quisieran renovar á la infernal deidad más copiosas ofrendas de ensañamiento y de terror; como si un instante de tregua respirada tras el postrer cañonazo de la última refriega, lejos de estimular el patriotismo que pudiese aún subsistir en el pecho de los funestos cabecillas, lo hubiese apagado para siempre, el rayo trágico volvió á estallar no bien descendiera del Capitolio el Caudillo ante cuya soberbia lanza había cedido un momento la belicosidad de sus émulos y que fuera á pagar con la vida y en una oscura jornada de guerrilleros fugitivos, otro bello rasgo de su heroísmo y quizás una nueva tentativa de su ambición . . .

Cuadro eternamente sombrío ese de nuestras guerras civiles, jamás descrito con

todos sus siniestros detalles por nuestros historiadores contemporáneos, como si la mano del escritor temblara de espanto ó temiera salpicarse de ese lodo más asqueroso que el légamo de los pantanos y más pestilente que la inmunda sima de las letrinas: el cieno en que viven esos mónstruos que se apoderan de los individuos inconscientes y de las turbas irresponsables para hacerlas chocar y exterminarse entre sí.

El eco de la fusilería vuelve á repercutir en valles y ciudades; nubes de cuervos descienden á saciarse en aquel interminable festín que tiene por límites la extensión de los llanos, la eminencia de las montañas y las playas del océano; la artillería reanuda sus rugidos con formidable estruendo, como bestia á quien un instante de sosiego hubiese redoblado la potencialidad de sus bramidos; la voz metálica del clarín pone en movimiento los cuarteles; alíneanse los reposados batallones; viste la oficialidad el sencillo traje de campaña y en el semblante de las muchedumbres revélanse todas las pasiones en ansiedad y espectativa.

Ah! No saben esos hombres á quienes la suerte reviste de cierta superioridad ante los ojos entornados del vulgo, lo que cuesta á sus conciudadanos cada línea que ellos remontan sobre el común rasero; no saben que cada ovación que les tributan en la embriaguez del triunfo sus soldados y cada grito de regocijo con que les saludan las

multitudes impresionables, corresponde á un gemido lanzado á las sombras por las madres, viudas y huérfanos que dejara desamparados en la criminal contienda. Ni se imaginan los caciques analfabetas, ni los directores de círculos locales, ni los cabecillas de hordas desalmadas, que la vocinglería conque les aclaman sus parciales y la explosión entusiasta con que les victorean sus amigos y subalternos, á la hora del éxito pueden trocarse en maldiciones que llenarán de amargura sus hogares si la suerte es esquiva á sus esfuerzos y han de mascullar mañana el salmo agónico del fracaso!.....

Ignoran los pueblos que el rebelde de la víspera suele convertirse en el déspota del día siguiente y que en nuestras incipientes democracias toda lucha armada, excepto aquellas en que se defiende la soberanía nacional y la majestad de las instituciones, engendra frecuentemente esclavitud; que muy raras veces podó la espada con acierto el árbol de la Libertad; que las revoluciones á sangre y fuego, aún aquellas que sustentaron principios eminentes, han dejado sobre el pavés de la tierra las cenizas de los incendios y los despojos de los mártires Ignoran que los lauros segados por el deslumbrante acero de Marte son palmas doradas al rojizo resplandor del exterminio que ciñó la Muerte á las sienes de aquellos que pusieron á su alcance el mayor número de víctimas, é ignoran, por último, que el encumbramiento de un hom-

bre no depende únicamente de las jornadas gloriosas á que haya asistido sino de las virtudes que añada á su valor, de la generosidad que albergue en su pecho y del respeto que le merezcan el buen nombre del País y de la Idea á cuya grandeza haya consagrado las luces de su talento ó el filo tajante de su espada.

De ahí que en las naciones agobiadas por luchas externas, basta para la glorificación de un hombre y para el esplendor de su época que aquél haya sabido dominar el tumulto de los partidos y hacer estable el imperio de la paz.

De ahí la talla envidiable conque sobresalen en la historia de todos los tiempos, los que impusieran el orden y en un supremo esfuerzo de patriotismo y entereza estirparan la anarquía que devorara á sus conciudadanos.

Y de ahí, en fin, que ciertos dictadores hayan sido reverenciados por los pueblos que lograron dominar, cuando supieron hacer de su dictadura un decidido é indeclinable auxiliar de la civilización.

***

Hasta el apartado retiro de Náni llegaban unas que otras noticias de los acontecimientos públicos, alteradas por la distancia y abultadas por los mil decires callejeros, que en épocas de revueltas, hacen más ensordecedora explosión que el detonar de las armas y el alarido de los combates.

Heriberto Grimán, su primo, iba los sábados á la ciudad, á buscar el apunte ó salario de los peones que recibía de la casa comercial de su padre, en cambio de los frutos que producían las labranzas.

En materia de negocios no era Don Enrique Grimán hombre que se dejara arrastrar por débiles contemporizaciones y si su propio hijo necesitaba de su dinero, debía garantizárselo con el producto de los conucos y pagarle como cualquier cliente ordinario el interés estipulado ó señalado en su invariable arancel comercial.

Las tierras de Heriberto estaban situadas en un extenso valle limítrofe al naciente con el lago « Tacarigua », bañado por el silencioso « Cabriales », cubierto de verdes y frondosos pastos que sustentaban un bonito rebaño de vacas de ordeño, que iba por la tarde á llevar á los establos de la ciudad su forzoso contingente de abundante y espumosa leche y que detallaban en el Mercado los mismos peones encargados de esprimir las hinchadas é inagotables úbres. La posesión constaba de unos cincuenta tablones destinados al cultivo y otros tantos sellados de gamelote, yerba de «El Pará», guineas y otras plantas, donde pacía el ganado y varios atajos de bestias de todo pelaje.

Heriberto Grimán no se había criado en el campo y solo vino á experimentar las fatigas de la existencia rural después que una violenta afección cerebral, provenida á consecuencia del tifus, le hizo abandonar los estudios que cursaba en la Universidad de Carabobo por un género de vida menos sedentario. Don Enrique tenía entonces hipotecados aquellos terrenos y logró hacer una buena operación que le hizo dueño de ellos y los traspasó á su hijo, mediante formal contrato de arrendamiento.

Mucho era lo que había mejorado la propiedad en diez años que tenía en poder de Heriberto, pues éste no se daba tregua ni reposo en el sentido de verla á la altura de sus deseos y á satisfacción de los

caprichos de su padre; y era «La Grimania», que así la llamaban con orgullo é imbuidos en rancios resabios feudalistas, la envidia de muchos agricultores vecinos que no salían de la rutina é ignoraban los procedimientos agronómicos que con famosos resultados hizo efectivos el bizoño labrador valenciano.

La casa que servía de vivienda á Heriberto y á su familia, la cual solía pasar largas temporadas en el campo, estaba construida en un recodo del camino principal y en una eminencia casi imperceptible del terreno, desde donde se dominaba todo el panorama hasta perderse la vista más allá de las islas y promontorios del terso lago.

Un anciano mulato, compadre de Don Enrique, que había visto nacer y llevado en sus brazos cuando niño á su hijo mayor, hacía las veces de mayordomo y ayo de los chicos nacidos del matrimonio de Heriberto con una distinguida dama de Puerto Cabello.

Era el viejo Julián Renjifo el director práctico de los trabajos agrícolas y pecuarios y se sabía al dedillo todas las marrullerías de la vida campestre. Conocía la marcha complicada de las estaciones y los caprichos y alternativas de la temperatura, cuándo sobrevendría copioso el invierno ó las sequías del verano asolarían las siembras, el paso de la luna, la recrudescencia de las canículas y el desbordamiento de las aguas; la época en que se debía sembrar ó regar el

maíz, desmatonar los cereales y limpiar los algodoneros; cuándo convenía trasplantar de firme los almácigos de lechugas, rábanos, zanahorias y repollos á la hortaliza; cuáles vacas debían dejarse en vías de reposición en la sabana y cuáles continuar yendo á los establos de «El Morro»; el procedimiento para recojer el algodón y embalarlo á gusto de Don Pancho, el dueño de los Telares; la manera de prensar el tártago en una primitiva cigüeña de madera y de clarificar y dar trasparencia al aceite para que el alemán de la Farmacia de «El Capitolio» no fuera á cargarlo á precio de gallina flaca, y como había servido en la guerra brava á las órdenes de *Matiíta* echaba su cuarto á espadas cuando veía al comisario apurado en alguna recluta, cosa que le ponía de muy mal humor.

Heriberto tenía fé ciega en Rengifo y le dejaba proceder sin contradecirle, y era tal su obediencia ilimitada á los consejos y observaciones del práctico caporal, que muchas veces dejó de introducir en la propiedad reformas que tuviera en mientes y realizar negocios que creyera ventajosos por no oirle rabiar y librarse así de su cantaleta interminable.

Dos hileras de naranjos y limoneros entremezclados con algunas palmeras, bananos y *pomagaces*, formaban hacia el camino real la avenida principal que se internaba en la finca, en cuyo frente blanqueaban embadurnados de cal, media docena de gruesos

horcones torneados á filo de hacha que servían de pilastras al corredor de entrada ó vestíbulo de la casa. Levantaban también sus manojos de flechas, ya abiertas como soberbios abanicos, algunos chaguaramos y cocoteros que se balanceaban acompasadamente cuando el viento soplaba con violencia y hacía remolinear las miserables briznas y hojarascas desprendidas de los árboles.

Un perenne arroyuelo serpeaba á un costado de la avenida rebullendo sus ondas intranquilas y como envanecido de la frondosidad de los malabares, azucenas y margaritas que retrataban sus corolas en el cristal de sus aguas. Una compacta escuadrilla de patos domésticos, de *querepetés* y y gallitos de ciénega pacientemente amansados por Julián, iba y venía en cotidiana pesquería por el raudal poblando el aire con sus destempladas voces y legiones de toldos, después de un hartazgo de maíz en las sementeras y de recojer las migas y picotear ávidamente al pie de las jaulas pendientes de los tirantes del corredor, volaban á bañarse y sacudían su deslumbrante plumaje de azabache que hacía visos á los rayos del sol.

Al corredor seguía una espaciosa sala amueblada con estrafalario gusto provincial, llena de sillas y de poltronas con asiento de zuela tachonada con gruesos clavos de relumbrante cabeza de cobre. Una mesa redonda colocada en el centro servía de

pedestal á un elegante quinqué americano, á un grueso álbum atestado de cromos y fotografías de la familia y amistades de los Grimán y muchos objetos curiosos como caracoles y piedras marinas, cocuyos de montaña y otros insectos atravesados por alevosos alfileres. A la testera de la sala pendía un espejo engastado en vistoso marco dorado y al lado de éste se destacaban sendos creyones que eternizaban los rostros de Don Enrique y de su difunta esposa y de Heriberto y de Mercedes, la joven consorte de éste.

Las habitaciones subsiguientes eran altas y ventiladas y con ventanas al patio y al camino que daban entrada á las saludables emanaciones del valle. Una de las más confortables se le había arreglado á Náni, provista de una cama embozada en altas y desplegadas colgaduras que habían de preservarle de la plaga, insoportable para los días en que él llegó á causa de las entradas de agua y de las inundaciones de la laguna, y de una hamaca igualmente escudada por un ancho velo ó mosquitero y reservada para los casos en que el calor le obligara á preferirla al lecho.

Heriberto le hizo traer de Valencia sus viejos libros de estudio y algunos volúmenes de autores clásicos y modernos y como no faltaban los periódicos y revistas de ambas capitales había sobrado tema para animar las tertulias de «La Grimania».

Creían antes las gentes que aquel lugar sería siempre un foco infeccioso donde el paludismo era inextirpable debido á la proximidad del lago, pero Heriberto y Julián disecaron las charcas pestilentes, limpiaron los eneales de la orilla, plantaron corpulentos árboles en cuyos copos batía la brisa y lanzaba á otros rumbos las corrientes malsanas é implantaron el más riguroso aseo en todas partes, de modo que la finca había quedado casi inmune al contagio de la fiebre y demás pestes que en otro tiempo la hicieron inhabitable.

Además de «El Cabriales», una noria proveía de agua abundante un depósito de mampostería que servía de bebedero á las bestias cuando el verano y la sequía eliminaban por completo las corrientes del río.

La familia Rengifo vivía en un grau ranchón de paja cubierto con fuertes lienzos de bajareque y situado en la intersección de las veredas que conducían á las diversas zonas de los potreros y conucos. En un departamento contiguo á ese ranchón se guardaban los hierros de labranza y se levantaba sobre cuatro estacones un gran recipiente formado con el cuero de una res, adherido con fuertes correajes á un grueso bejuco circular que le daba el aspecto de una cóncava pandereta. Allí se cuajaba la leche para la elaboración del queso de manos ó de cincho y ambas manufacturas eran especialidad del hijo mayor de Julián. También estaban depositados en aquel com-

partimiento, el cepo en que retorcían las cañas para extraerles el fresco guarapo que tomaban á la hora del almuerzo, las pailas de clarificar el aceite de tártago, los hierros de quemar ó marcar los animales que se iban adquiriendo ó que nacían en los dominios de Heriberto.

La genealogía superviviente de los Rengifo constaba por el momento del tosco mayordomo, de la viejecita Petra, que hizo su esposa cierta ocasión que Monseñor Uzcátegui se detuvo en Guacara, de Cupertino, primogénito anticipado de aquel enlace episcopal, de Pedro que estaba en Valencia con Don Enrique y que vivía viajando al frente de los carros y arreos de la consignación, y de Rosita, el encanto de los buenos labriegos y á quien llamaba Julián «la pollita de la manada.»

De tarde bajaban á Los Guayos, Heriberto, Rengifo y Náni, á pié ó á caballo, en busca de la correspondencia y á charlar un rato con el boticario y el cura del lugar, personajes harto importantes que vivían empapados de los sucesos emocionantes de la víspera, y que se complacían en trasmitir á los colonos de «La Grimania» las últimas nuevas recogidas de viajeros y conductores en las rápidas paradas que hacen los trenes á su paso por aquel pueblo.

Otras veces empleaban el tiempo recorriendo los potreros ó revisando los plantíos que, como grandes franjas de esmeralda divididas por paralelos hilos de plata, se

extienden al Poniente y al Mediodía, ó bien se entretenían en el caney de Julián jugando al *túte* con Rosa y Cupertino ó escuchando de Petra viejos relatos en los cuales se mezclaban los nombres de Bolívar y Páez, regularmente algún episodio inédito de la batalla de Carabobo, llegado hasta élla por boca de su difunta madre, que según decía « *había conocido aquellos Jefesotes y que el día que venían trunfantes de aquella gran trifurca, los había orsequiado con dos tazas de café, puro caracolito, en las orillas de la suidá, donde la mestiza Rita vivía* » para aquella época gloriosa é inolvidable de la República.

Heriberto y Náni se complacían oyendo aquellas épicas referencias que á través de las rudas expresiones con que las aderezaba el humilde lenguaje de Petra, tenían cierto sabor homérico y estaban esmaltadas por destellos de imperecedero heroísmo, y á la vez le narraban los sucesos que posteriormente se desarrollaron en Nueva Granada y el Perú y las nuevas batallas que allá muy lejos de las sabanas de Carabobo, había tenido que dar Bolívar para sellar la Independencia de América.

La anciana oía atentamente lo que hasta entonces ignoraba de la vida del Grande Hombre, y como si dudara cierto día que aquel Bolívar que había remontado los Andes para ir á combatir en tierras tan apartadas por la Independencia de otros pueblos, fuera el mismo que venciera en

Carabobo,—preguntó á su marido con la mayor naturalidad :

—*Y no sería el General Boliva que dicen los niños—algún hermano ó pariente del que conoció mi máma y le dió café por los laos del Mataero cuando venía dentrando por el camino de Tocuyito?*

—*No seas bruta mujé,* le replicó Julián,—, dándose ciertos humillos de superioridad mental:—*era el mesmito General que conocieron tu máma y mi táita pues has de sabé que el indio Pedro Rengifo se ajumó el pecho en esa jorná peleando como soldao raso á las órdenes de un tal Coronel Soatégui muy nombrado entonce, y mi táita me decía siempre que el General Boliva era un catire muy meneao y no quería vé españoles en la tierra que pisaba.....*

***

La vida de Náni iba deslizándose tranquila y venturosa entre aquella gente que había tomado empeño en volverle la salud y con élla el sosiego de su espíritu.

Heriberto y Mercedes que le querían entrañablemente, le consolaban en sus tristezas, le infundían fe en el porvenir y llegaban hasta reprenderle y echarle en cara sus debilidades cuando le notaban demasiado embebecido en sus intensas preocupaciones y melancolías.

Heriberto era cinco años mayor que él y por este corto exceso de edad juzgábase con más experiencia y filosofía para arrostrar los sinsabores de la vida, que para él se reducían á pasajeras contrariedades inherentes á sus negocios y al cuidado de su familia.

En cuanto á Mercedes, que apelaba á la religión, y como la generalidad de nuestras mujeres devotas é inocentes, creía conjurar todos los males postrada de rodillas ante un

altar elevando sus plegarias á lo invisible, —le decía con místico acento:

—Sobrepóngase, Náni y piense en Dios y en sus padres, pídale á los santos con fervor que le remedien sus necesidades, confiésese con frecuencia y ya verá como el cielo le oye y le hace feliz.....

Náni movía tristemente la cabeza, pero agradecía en el fondo de su corazón la ingenuidad con que la buena mujer vertía aquellas frases cariñosas.

Más práctico ó menos creyente que su esposa, buscaba Heriberto otros medios de distraerle y le sacaba al campo, le hacía admirar las maravillas de la Naturaleza, le hablaba de sus satisfacciones y fatigas y del placer que inundaba su sér cuando contemplaba el florecimiento de sus campiñas y el fruto de sus rudos esfuerzos centuplicados por la constante fecundidad de aquella tierra próvida, y despertaba con el recuerdo de sus propias esperanzas las apagadas ilusiones de su abatido primo y excusaba en lo necesario á su natural discreción pulsar su sensibilidad reviviendo en su mente recuerdos dolorosos. Sólo un día que le observó más aflijido que de costumbre y como hastiado de la vida monótona de «La Grimania», fué que se atrevió á hablarle de su pasado.

Era una despejada tarde de Enero y el sol se dirijía al ocaso asediado por un confuso tropel de arreboles que fingían exóticas figuras de animales y objetos fantás-

ticos tendidos como inmenso valladar que pretendiera cerrar el paso al astro omnifulgente.

En los silenciosos remansos de la playa se diluían las matizadas reverberaciones del muriente crepúsculo, tiñendo las aguas con la proyección de sus purpurados resplandores, y una que otra *baba*,—cobarde y repugnante cocodrilo que puebla aquellos parajes,—sacaba fuera de las ondas su achatada cabeza y volvía á sumergirse en las profundidades de la laguna como deslumbrada por las manchas de fuego que salpicaban la superficie.

Heriberto y Náni que habían recorrido pedestremente los potreros y sementeras, llegaron hasta aquella extremidad de la sabana y se sentaron cansados al pié de un corpulento samán cuyas poderosas raíces sobresalían á flor de tierra. Parejas de arrendajos y turpiales revoloteaban en las altas ramas del arbol llevando á los flotantes nidos, insectos y desperdicios aprisionados en los rastrojos circunvecinos.

Se aproximaba esa hora letárgica de la tarde en que la luna y las estrellas aguardan la fuga del grandioso actor para invadir el inmenso escenario de los cielos.

Heriberto rompió el silencio y principió á reconvenir con suavidad á su primo por el mutismo en que le veía encerrado.

—Medito en tu infortunio y no me inspiras ni compasión ni lástima, porque eres joven y no te falta lo que es indispensable

para sobreponerte á todas las vicisitudes de la suerte. El hombre que piensa como tú no debe intimidarse ante el destino. Es decir, el hombre que ve la existencia llena de horrores y desencantos, es el mejor apercibido á la lucha, porque cualquier resultado debe serle igual. Has derramado ardientes lágrimas que hasta cierto punto me hacen envidiarte porque tiene tambien el dolor sus refinamientos y voluptuosidades exquisitas, y el sabor de una lágrima llena de suaves sensaciones las almas nobles é impresionables; mas en mí ha muerto todo lo que en la juventud pude tener de romántico y soñador y mi pecho se ha cerrado á toda emoción que no se refiera á mi familia y al patrimonio que le estoy labrando. Bien sé que tu frente ha sido punzada por la huella de acerbos sufrimientos, que has llevado una existencia erizada de preocupaciones y de turbulencias inesperadas y que entre una alegría efímera y un contratiempo luctuoso, tu barca bogó siempre inclinada hacia el abismo, produciéndote vértigos desgarradores. Los años han pasado por sobre tí como el torrente que desbordado por la tempestad arrastra árboles y peñascos, moles y basuras, lo pesado y lo frágil, todo en fin lo que se interpone á la impetuosidad de su curso. Sé también que has visto de cerca el placer y le has atraído solícito como si fuera un antiguo camarada de la infancia, pero el infortunio ha plantado en tu ruta flores de muerte

y con ellas se confundieron tus mustias aspiraciones juveniles. Sin embargo, debieras levantar el afecto que te queda sobre algo superior que no estuviera al alcance de las tristes miserias de la vida y que te haría invulnerable contra los golpes que aún pudiera asestarte la adversidad. Oye, Náni, ¿no amas el estudio, no te apasiona el Arte?

—No te entiendo, Heriberto.

—Mira, aunque casi me he vuelto una bestia intratable en estos montes, conserva todavía mi entendimiento algo de la ligera ilustración que recibí y tengo entendido que un espíritu medianamente cultivado podría entrever las diversas faces del enigma vital y darse cuenta exacta del sitio que le corresponde ocupar en el secular sainete. Ayudemos las pupilas de la inteligencia con el lente de la filosofía y auscultemos las sensibles vibraciones que estremecen nuestro sér. Un mundo ignorado gravita en cada uno de nosotros. Veamos lo que hay en él, colocándonos en observación de cierta manera que no nos deslumbren sus maravillas ni nos impresionen sus deformidades. Lanzémonos en las carabelas del raciocinio y la meditación á través de esos mares infinitos que llenan la conciencia, exploremos sus recónditos parajes, balanceémonos sobre el dorso de sus olas y vivamos en perenne espectativa hasta que, como al genovés

ilustre nos sea dado articular esta frase de triunfo: ¡tierra!

—Ves, Heriberto, esas nubes espesas que se condensan hacia el Levante y que han nublado la pista que ahora rato recorriera el sol? Pues así mismo se han espesado también en la ruta que surcara el sol de mis esperanzas, las negras brumas de los pesares irremediables, y mi astro va al ocaso seguido de una avalancha de sombras que han de sepultarle para siempre en el abismo de la desesperación y de la ruina.

—Deliras, Náni, deliras. Bien está que no puedas olvidar el orígen de tus quebrantos y que sufras con las reminiscencias de tus pasadas desventuras, pero ¿qué remediarías clamoreándolas? Si la mujer á quien amaste ya no existe, haz un culto de su memoria y erígele un altar en tu corazón. El que sobrevive al sér querido es el verdadero mártir del amor tronchado. En la vida hay que luchar hasta lo último y si en verdad no merece los esfuerzos que le consagramos ni las aflicciones que nos cuesta, precisa llevarla con estóica paciencia hasta el fin inevitable. La vida es hembra y se doma, ha dicho alguien; ¿te faltará valor y fuerzas para ejercer esa dominación? El verdadero valor y la verdadera fortaleza residen en el espíritu y constituyen la suprema victoria del hombre. No valen ni riquezas, ni poderío, ni glorias, lo que el dominio de la voluntad imperando sobre nuestras pasiones y debilidades,

porque todas las rebeldías del carácter, las asperezas del medio en que nos debatimos y el aguijonear constante de las preocupaciones que nos embargan, son los grandes adversarios con quienes hemos de reñir á cada hora los terribles combates de la existencia. Da nuevo temple á tu espíritu, Náni, y si es como debe ser tu pena de aquellas que no dan cabida á la expansión y al reposo, incrústala como joya preciosa en lo más íntimo de tu alma, guárdala como un trofeo doloroso que la fatalidad ha dejado en tus manos y no permitas jamás que miradas indiscretas la profanen, ni que otro aliento que no sea el tuyo roce su delicada sensibilidad. No hagas resaltar tu dolor ante el vulgo, porque la generalidad no sabe sino reir con carcajada estúpida ante la agonía de todos los supliciados. Sí, Náni, que solo la muerte te arrebate con el postrer suspiro ese carísimo jirón de tus afectos, y si es que quieres apasionarte de algo para saciar la ansiedad del espíritu que necesita alimentarse de contínuas sensaciones, enamórate del estudio, ríndele culto al Arte y despósate con tus libros que esos no te traicionarán jamás.

—Es lo que me salva, primo; siempre he creído en la regeneración del espíritu por medio del estudio y en la disipación ó lenitud de las penas morales mediante la decisiva influencia del Arte. Cuando más aguda es mi aflicción, invoco á mis autores predilectos y como númenes benéficos suavi-

zan las tormentas que estremecen mi pecho y me llevan á otras regiones donde no llega el aullido de la turba que me insulta ni la pena de mis propios dolores. En ese instante vivo lejos de la realidad y muy por encima de las miserias que me rodean, mi pensamiento se emancipa de las groseras cavilaciones de la vida material, y entonces, ¡qué despreciables se me representan mi propia estatura y la de mis semejantes, y cuán inútil el afán de vivir con ellos en estrecha armonía! Fuí creyente en mi juventud porque mis padres me inculcaron las mismas creencias que á su vez recibieron de sus mayores, pero como ha sucedido á la mayor parte de los que nacemos impelidos á no aceptar como hechos verdaderos las ideas que nos trasmiten simples tradiciones de raza y de costumbres, me he rebelado contra el absurdo y la superstición y he hecho desfilar mi pensamiento por la senda de la realidad, despojada de encantos, ciertamente, pero jamás poblada de fantasmas y utopías. En horas amargas, recordando las cándidas quimeras que llenaron mi mente en la niñez, he sentido la frialdad de mis negaciones absolutas y he vertido una lágrima sobre la tumba de mis creencias yertas. Hay sentimientos que no reviven en el alma una vez extintos: la fe que se desarraiga y el amor que se evapora, pero si es indispensable, como dices, que el espíritu profese una religión y que el hombre se prosterne ante un ídolo, levantaré

sobre esas ruinas el templo de la lógica, el santuario de la ciencia ó el ara divina del Arte.....

La noche iba avanzando en toda la extensión de los horizontes y un confuso y vacilante constelar de luces que provenía del escaso alumbrado del pueblecillo inmediato, se destacaba en el fondo de aquel cuadro sombreado ya por el brumoso creyón vespertino, cuando Heriberto y su huésped, después de haber disertado un instante más sobre cosas de menor importancia, regresaron á la casa, donde Mercedes les esperaba impaciente á la mesa. Si la alimentación de « La Grimania » no tenía la variedad de ciertas lujosas cocinas, sobre cuyas chimeneas se ha cernido á su manera el humo del modernismo, sazonada bajo la vigilancia de la señora Grimán, satisfacía las exigencias gastronómicas de su marido que era aficionado á los buenos platos. Después que comieron iban á retirarse al corredor exterior donde acostumbraban jugar unas cuantas partidas de dominó antes de acostarse, cuando Mercedes, dándose una palmada en la frente, corrió al escritorio y trajo un telegrama que habían enviado esa mañana de Valencia. El telegrama era para Náni que lo leyó de una ojeada y pasándolo enseguida á Heriberto, le dijo:

—Me darás una bestia para ir mañana á la ciudad. Sabe Dios que me traerá Augusto!

—Insistes en volver á las andadas, mi pobre Náni. Qué te importan acaso los asuntos de esos señores politicastros de la vecina provincia? Ese Doctor Mayoral tiene fama de trapacero y embrollón y quien sabe en qué líos andará metido. Véte en mi mula parda y que salgas ileso de la liturgia de ese truhán tan discípulo de Esculapio como lo soy yo de Cicerón y de Demóstenes.

Al cabo rato llegó Julián del camino real y llamó aparte á Heriberto. Una vez que se distanció lo suficiente á fin de que no lo oyeran ni Mercedes ni Náni, dió rienda suelta á esta retahila á media voz.

—Muy mal estamo, niño. Parecen que *guelben* los tiempos de la *Guariconga* y del *apártate que te coje el chingo Olivo*. Uno de los muchachos del *compae* Villalba, que viene de Guacara, trae *mu* malas noticias y asegura que han *reclutao* y que él mismo vió al *Jefe Civí* de machete *terciao* y con una divisa amarilla en el sombrero organizando comisiones *pa* los campos. Dicen también que al General Gámbarra lo llamaron ó se fue á la carrera *pa* Caracas porque y que hay *alzaos* en *Barluvento*. Los más *sabiluchos* agregan que por más que el Presidente y Gámbarra aparenten está de acuerdo y hayan ido al *tiatro* juntos, éste es uno de los jefes del bochinche y anda en dimes y diretes con los revolucionarios. Yo no me fío de los abrazos que se dan esos perros gordos que como los otros

perros de la calle se *güelen el jocico*, *las pezuñas y el rabo* y después se dan diente y más diente hasta arrancarse el cuero. Yo *vide* á Guzmán y á Salazar *comése* una ternera muy apechugaos y después fue plomo y machete hasta el *catafarco* de Tinaquillo. Muy mal estamo niño, créalo usté por la virgen del Socorro, la patrona de Valencia.

—No te aflijas, viejo miedoso—respondióle Heriberto—tratando de ocultar toda la ansiedad que en su condición de hombre pacífico y trabajador le producían aquellos bruscos informes; los tiempos han cambiado y la gente no quiere la guerra.

—No es que me aflijo, niño, es que me preocupo por el tal Pedro que ahora la ha *dao* en sé político y dice que es Gambarrita hasta los riñones. Ese demonche como que anda buscando que le *pongan un zamuro de prendedor*, como decía el Gran Demócrata. Y eso que Don Enrique, según me ofreció el otro día no se le iba á quitá de encima, pero los *góos* de Valencia me lo han engatusao é desde la Noche Buena del año pasao que volvió añico un farol en la puerta de un baile en «Las Cocuizitas» y se le paró y *jizo corré* á los policías que lo perseguían, al muchacho se le ha metío entre ceja y ceja que es guapo de verdá y que donde él pone la mano no deja *güeso* sano. ¡Ay! niño, me tiene muy digustao el condenao Pedro.....

—Sosiégate Julián, que ya te lo aconsejaré y reprenderé cuando me tropiece con él, y aún cuando papá no me haga caso porque me ha tomado cierta ojeriza por las cosas razonables que le dije ahora meses, también le escribiré exigiéndole que no te lo deje de los pulsos.

—*Ahí está el busili, niño, la política es como la virgüela negra. ¡Cómo no vaya á está mi compae Enrique metío también en los del Comité! Ah! godos malos, niño, son capace de seducí al Padre Eterno.....*

Como buen soldado de la Federación, puesto que su hoja de servicios databa de los tiempos heróicos de los Falcón, Zamora, Guzmán, Colina, Salazar, Crespo y tantos otros militares de bien sentada nombradía, Julián confirmaba todo lo que chocaba á sus sentimientos con el socorrido epíteto que tánto popularizó el Ilustre Americano en sus estudiados denuestos dictatoriales....

***

Al día siguiente muy de mañana dirijíase Náni á Valencia en la mula que Heriberto tenía como bestia preferida. Antes de partir éste le había confiado el desempeño de algunas diligencias y le repitió sus observaciones con respecto á Mayoral y al móvil que pudiera llevarle á Carabobo.

Conociendo á Náni muy á fondo sabía que su carácter podría ser accesible á cualquier disparate y trataba de prevenirle contra aquello que á su parecer había de perjudicarle más tarde. Comprendía, además, que á un joven de las condiciones de su primo no le es posible retroceder una vez dado el primer paso en una de esas aventuras descabelladas de la política, que no son otra cosa que un violento desbordamiento de pasiones, de intereses individuales y de venganzas; y como Náni le había referido todos los pormenores de su último paseo á La Victoria, su entrevista con Gámbarra y el Gobernador y su intimidad

con Ciro Martel y el Doctor Mayoral á quienes conocía también por lo que de ellos se corría en Valencia á causa de la influencia que se les atribuía en el ánimo de aquéllos Jefes, temió con sobrada razón que el amortiguado ardor de otros días despertara en el pobre muchacho y que diera al traste con el régimen de sosiego espiritual á que ya estaba sometido.

Heriberto distinguía á Náni con ternura fraternal y estudiándolo detenidamente supo al fin que las brusquedades de su carácter no eran otra cosa que la resultante de su poca fijeza en el pensar y de la triste idea que principiando por sí mismo había terminado por extender á todo cuanto le rodeaba.

Heriberto había experimentado como Náni idénticas contrariedades en su juventud, pero los consejos de su madre, el cariño de su esposa y el cuidado amoroso con que velaba por sus tiernos hijos, habían dominado en su temperamento el fuego de los años viriles y tempestuosos y de mozo díscolo é inquieto que fué en un tiempo, habíase transformado en un padre de familia austero y contraído que no concebía otra pasión ni otros ensueños que aquellos que le reflejaban las castas satisfacciones del hogar.

Cuando vió partir á Náni comunicó á Mercedes sus impresiones y temores y ésta, cada vez más aferrada á sus creencias, le aseguró con una convicción profundísima

que los santos de quienes era fervorosa partidaria estaban encomendados por ella para arreglar aquel y cualquiera otro entorpecimiento sucesivo que ocurriera en la familia.....

Siempre es un consuelo creer en algo, aún cuando ésto sea una ficción ó una mentira. Las almas cándidas viven siempre al nivel de los cielos, y se entienden con la más franca cordialidad con los séres intangibles que llenan el Paraíso, pagando cierto peaje divino que se sufraga acá en la tierra en los cepillos de los templos y en la bolsa de los sacerdotes.

Por algo vaticinó Jesús: *el reino de los cielos es patrimonio de los pobres de espíritu!*.....

Heriberto no pudo menos que reirse muy por lo bajo del inveterado misticismo de su mujer, pero no osó replicarle una palabra.

***

Después de una hora de marcha que hizo con toda la calma del viajero que no lleva grande apuro en llegar á una hora determinada al lugar donde dirige sus pasos, entró Náni á Valencia.

Durante aquel cortísimo intervalo de marcha pudo admirar una vez más la majestad de aquel imperturbable y pintoresco paisaje en cuyas lejanías confundíanse la esmeralda de los campos, la diafanidad del lago y el azul de los cielos.

La entrada de la capital carabobeña ofrece por la vía de Los Guayos ó sea por el camino real de Caracas, un golpe de vista admirable. La ciudad se respalda hacia el naciente sobre el lento declive que se desprende de la meseta de «El Morro»; más allá sobre el mismo declive y en un repliegue del terreno, la iglesia de San Blas saluda el vuelo de las aves con sus dos torrecillas puntiagudas en forma de carnavalescos cucuruchos; luego hacia el centro

la maciza Catedral levanta las suyas más sólidas é imponentes, coronadas por emblemas teológicos y abrumadas y reumáticas por el peso de los años, la acción de la humedad y la indiferencia de los fieles; yérguese vis á vis á la vetusta Iglesia la marmórea columna monumental, conmemorativa de la gran jornada libertaria. donde campea como un penacho de gloria una estatua del Padre de la Patria, cuya diestra se extiende sobre la ciudad en uno de aquellos ademanes de airado semidios que decidían del éxito de las batallas y de la libertad de los pueblos. Doscientos metros al Poniente un apiñamiento arquitectónico formado por las media naranjas del Capitolio, las fachadas de San Francisco y de la Universidad y los minaretes y aceradas techumbres del Teatro nuevo, llama la atención del viajero.

Náni se encaminó directamente á la casa comercial de Don Enrique. El anciano, que no le esperaba ese día, sorprendióse al verle llegar tan de mañana é imaginóse en el primer momento que habría ocurrido alguna novedad en «La Grimania». En breves palabras desvaneció Náni sus sospechas haciéndole conocer el motivo que aquel día le llevaba á la ciudad. En seguida dió la mula á uno de los sirvientes, tomó un paquete que traía atado al espaldar de la silla, fué á cambiarse de traje en la pieza que servía de gabinete de lectura al señor Grimán donde otras veces se había hospe-

dado, y volvió á presencia de éste que le aguardaba impaciente para tomar informes minuciosos de los ganados, de los atajos, caballos y mulas, de los pastos y de las siembras, de la quesera, de los frutos menores cosechados y de todo lo que se relacionaba con la finca.

Aquel comerciante tenía mirada de Argos para escudriñar cualquier detalle que tuviera conexión con sus intereses. Náni satisfizo su curiosidad lo mejor que pudo y le pintó con los más subidos colores la frondosidad de los pastos, la exuberancia en las sementeras, la multiplicación y robustez de los animales, la actividad de su hijo y la asombrosa práctica y laboriosidad de Julián y de Cupertino.

En ese momento llegó Pedro de la calle, donde verificaba algunos cobros. Venía en un brioso caballo castaño rozagante, lustroso y aperado con una montura de valiosa calidad y consistencia. Ver á Náni, echar pie á tierra y abrazarle estrechamente, fueron cosas que ejecutó en un solo movimiento y guiado por un mismo impulso de familiar deferencia.

Pedro,—al revés de Cupertino que había crecido en el campo y que no pasaba de ser un pobre rústico,—era muchacho alegre, decidor y entusiasta, lo suficientemente instruido para desempeñar sus dobles ocupaciones de mercader errante y de caporal de carros y arreos, y se había levantado bajo la sombra del viejo Grimán á

quien había «cortado el ombligo», según decía el correcto señor en términos de la más alta escuela pulperil.

En efecto, si el anciano comerciante era severo hasta la exageración con Heriberto, agasajaba á su ahijado con todas las complacencias de que era capaz su carácter duro é inflexible. Cierto es que el muchacho sabía soportarle todas sus impertinencias y adivinarle el menor capricho, así como era innegable que en el manejo y vigilancia de los negocios de Don Enrique era Pedro una especie de lugarteniente asiduo, inteligente y emprendedor que no daba un paso que no fuera en beneficio de la firma comercial de Grimán & C^{a}, en la cual le había incluido su tutor.

Pedro aquí, Pedro más adelante, en los cobros urbanos ó en el interior de los armatostes y mostradores, — en ese escenario donde brillan con cierta luz de alcohol y de petróleo los actores del tanto por ciento ;—ejerciéndolas de corredor en la plaza, de caporal en los caminos y de agente y revendedor ambulante en los pueblos del llano, aquel hombre era el eje en que giraba la buena marcha del almacén. Como individuo de trabajo Pedro no adolecía sino de un defecto y éste consistía en que de vez en cuando dejaba traslucir ciertas opiniones políticas que se le habían inculcado á fuerza de oírselas canturriar á Don Enrique ; tales opiniones, eran pues, tan peculiares al amo como al mozo. Fuera

de ahí no tenía otra preocupación que la regularidad de sus negocios ni otros desvelos que el cuidado esmerado que prodigaba á su caballo y á las mulas y asnos que en carros y recuas se movían bajo su dirección.

—Al fin tenemos al doctorcito entre nosotros. Y qué repuesto está. Bien se ve que Heriberto y Doña Mercedes nos lo han mimado á cuerpo de rey. Ahora nos toca acá echarle un retoque, pues supongo que no se volverá á « La Grimania » sin pasarse siquiera un par de días con nosotros. A ver Francisco, gritó á uno de los empleados del detal, traéte un litro de brandy para tomar la mañana con este caballerito.

Y como si no estuviera contento de la manera como Don Enrique había recibido á Náni, se reprodujo en un desbordamiento de excusas y atenciones que evidenciaban su autoridad en la casa y sus modales francos y expansivos. El señor Grimán le dejó de su cuenta al sobrino pensando que ya tendría Náni, ovacionado por el ahijado, lo suficiente para aturdirse de obsequios y de conversación.

El almuerzo se sirvió un poco más tarde que de costumbre abolida que fué en sus preparativos la frugalidad que observaba Don Enrique en su estricto régimen doméstico, bien que el riguroso señor tomaba el desquite á determinadas horas del día y de la noche en su casa de habitación, donde cierta mujer que le servía de ama

de llaves solía prepararle opíparas meriendas y confortabilísimas cenas.

Muerta su esposa, casados Heriberto y su hija mayor, y entregada la que le quedaba soltera á las soledades y parasitismos del claustro, el paciente viudo se acogió al cuidado de una antigua criada de su casa que, por el solo detalle de ser joven y no mal parecida, le hizo objeto de las sordas murmuraciones de sus viejas relaciones sociales hasta el extremo de que un día, cediendo á las instancias de Mercedes, se atrevió Heriberto á hacerle algunas alusiones algo fuertes y que no lograron otra cosa que ponerle fuera de sí y segregarle de la vida común que desde entonces formuló cada uno á su manera y á su gusto.

En esa lucha de escrúpulos filiales y de seniles y desenfrenados apetitos, tuvo Heriberto un *déficit* en la predilección del maniático anciano que, guiado siempre por su afición á las cuentas y á los números, tuvo á bien cargar su equivalente en el *haber* de Pedro Rengifo.

***

Dos palabras acerca de sucesos que pertenecen ya al dominio de lo pasado y que nos vemos precisados á descartar del curso de nuestra historia contemporánea.

Después de muy contados años de aparente calma la guerra civil levantaba de nuevo sus siniestros pendones en Venezuela.

Cuáles principios se ventilaban? Difícil habría sido definirlos. Solo se sabía que los hombres á quienes se disputaba el Capitolio habían llegado allí por el mismo camino que ahora trillaban los revoltosos y descontentos: por el camino de las armas.

Después del triunfo de una de las más ruidosas revoluciones contemporáneas el Caudillo que comandaba las huestes vencedoras se hizo fuerte, poderoso y temido.

Era todo un carácter valeroso, sobrio y hábil. Su habilidad consistía precisamente en hacer temblar como azogados á

aquellos que decían no conocer la poderosa sugestión del miedo.

En un país militarizado como el nuestro, el guerrero que con mejor éxito ha combatido el mayor número de veces es el más acatado y respetado por las multitudes.

La fuerza bruta tiene su fetichismo y la barbarie sabe golpear el rostro de los valientes. El que asienta el puño con más vigor é impiedad será siempre el ídolo de los guapos.

No nos cuidamos de pensar que la lucha en que vivimos nos hace incapaces para adjudicar á un solo individuo el privilegio del valor ni recordamos que, por desgracia, somos aquí fervorosamente belicosos.

Bolívar lo dijo: Venezuela será un campamento.

Después de un lustro de omnímodo poderío, el Caudillo triunfante quiso al fin llenar un precepto constitucional separándose del mando, pero como aquel hombre astuto y resuelto se consideraba aliado á la suprema autoridad de su pueblo, no había de depositarla sino en manos que le fueran incondicionalmente subordinadas.

Un humilde burgués escogido al azar se prestó para representar la farsa, y desde que con mano temblorosa empuñó el bastón simbólico, recrudeció el motín. A pesar de hallarse aún postrado á causa de los disturbios pasados, el país aplaudió y aún dió brazos y fusiles al primer soldado que

flameó la bandera de la rebelión, y una bala cuya procedencia es todavía un enigma bastó para cambiar el rumbo de los sucesos.

Lo demás es cosa sabida. El buen burgués quedó hecho dueño de la situación, pero la incapacidad política y la falta de prestigio marcial que le eran intrínsecas no le permitieron llenar el vacío que ocupara la figura broncínea de Joaquín Crespo.

***

Entre los cabecillas descontentos ó malvenidos con el nuevo orden de cosas señalaban los círculos de entonces á José Bonifacio Gámbarra, á varios Gobernadores de provincias y á otros políticos á quienes alejaba del Poder la supina desconfianza que guiaba al nuevo Presidente en casi todas sus determinaciones.

No obstante, aquellos personajes no se atrevían á rebelarse abiertamente y preferían permanecer tranquilos ó resignados. Sucedía también—caso frecuente, entre los grandes Maestres de la política,—que existía entre ellos cierta rivalidad que les obligaba á espiarse mutuamente y á permanecer siempre en guardia.

Gámbarra que era escrupuloso, más que por virtud, por sencillez é ignorancia, aseguraba que cumpliría hasta lo último su palabra dada al Presidente de ser elemento de paz. Estos compromisos contraídos ocasionalmente entre nuestros mandatarios y

ciertos hombres de armas tomadas, se han desvanecido muchas veces con la misma facilidad con que fueron formulados, ya porque un informe mal intencionado indujera á aquéllos á dictar breves medidas cautelosas que regularmente terminan en una orden de prisión, bien que éstos, al husmear el calabozo, se decidieran por la vida agitada del faccioso.

Gámbarra, que como ya hemos dicho, solicitaba un hombre de alguna ilustración á su lado, tuvo primero á Ciro Martel y por último á Don Constancio Moscardón.

El periodista, aunque había congeniado con el campechano Aquiles, no tenía la edad suficiente para llenar las funciones de un Néstor, pero á Moscardón que le sobraba la astucia de un abogado y la simulación de un fraile, vió en Gámbarra el vehículo en que podían llegar al éxito sus ensueños de prosperidad y sus fervientes anhelos de poder. Mayoral y Martel eran niños de pecho comparados con aquel vejete anguloso y linfático, forrado en malicia y repleto de sofismas, que había empezado por ser amanuense y que terminaría siendo Gobernador á fuerza de adulaciones é intrigas.

Como procedente de las nubes había llegado á aquella ciudad un día de lluvia, con un maletín de titiritero en la diestra y un paquete de manuscritos bajo el brazo. Le llevaron donde el Gobernador, ó se le presentó él mismo, le hizo hincapié sobre

sus largos servicios al Partido Liberal, prestados en no se sabe qué parte, y en cuenta de que á Su Excelencia le encantaban los gallos de raza, presentósele pocos días después de su primera visita, llevándole de regalo un atusado gladiador de largas y afiladas espuelas.

Aquella oportuna donación decidió de su suerte, y de allí en adelante quedó instalado oficialmente ejerciendo las múltiples labores del cepillo y de la pluma, á que no ha mucho le vimos dedicado con tanto afán.

Don Constancio se vió agasajado por el Gobernador, instruído en sus secretos, admitido en su mesa, pero no remontado á la altura que él se prometía.

—Así trascurrió mucho tiempo que Moscardón no desperdiciaba inútilmente, hasta que la fortuna le presentó la ocasión de lanzar á otros parajes la sonda experimental de su ambición. En esos momentos fue que llegó Gámbarra á La Victoria bajo el pretexto de asistir á las fiestas, pero quizás llevando en su interior el propósito de observar los movimientos de Su Excelencia; y cuando manifestó imprudentemente á éste que necesitaba á su lado un hombre de pluma para que le llevase la correspondencia que mantenía con sus amigos y partidarios, Don Constancio que le escuchaba aquella confidencia, lanzó un suspiro de alegría, se dió á madurar vastos proyectos con la penetración y saga-

cidad de un consumado estadista y se los ocultó cuidadosamente hasta la hora oportuna de hacerlos conocer del Gobernador. Entre tanto Ciro Martel, que engalanaba *El Laúd* y dirigía á Gámbarra unos cuantos piropos en prosa corriente, pasaba á la diestra del General recomendado por Su Excelencia que nada en serio pensaba todavía y que buscaba la manera de quitarse de encima aquel genio alcabalesco.

Es verdad que Don Constancio le dedicó una oda ó más bien le arrojó una bomba llena de relampagueantes ripios que estalló sin inmutar siquiera á la presunta víctima que, por lo visto, no parecía muy adicta al género lírico que inmortalizara Horacio.

El viejo amanuense no se desconcertó por este contratiempo y esperó en silencio. Sabía él que la calma es un auxiliar eficaz del éxito cuando va acompañado de la perspicacia y aguardó con la pupila entreabierta.

Las apariciones de Gámbarra en La Victoria se hicieron más frecuentes y por último la conveniencia de no perder de vista á su émulo y de estar más al corriente de los acontecimientos del día, le hicieron abandonar de nuevo el campo y residenciarse en la ciudad.

Fué entonces que Ciro Martel hostilizado por una chismografía, cuyo origen no pudo descubrir, había sido separado de su bu-

fete, que Augusto Mayoral á pesar de sus antecedentes y de su golpe de vista infalible fracasaba en la privanza del Gobernador y que Don Constancio Moscardón, grangeándose la amistad de toda la parentela de Gámbarra, á fuerza de tanto abrumarla á extravagantes complacencias, comenzaba á recorrer otra senda en el obscuro laberinto de sus esperanzas.

Don Constancio era uno de esos buscadores de empleo que, como dice un escritor criollo, principian por hacer la corte al portero y concluyen por tutear al Ministro.

Para probar fidelidad á Su Excelencia le espetó una arenga que sintetizaba el plan que venía fraguando.

—Necesita usted un hombre de confianza que le vigile á Gámbarra y que en caso preciso lo incline á su favor ó se lo entregue maniatado. Ciro Martel y el Doctor Mayoral son unos majaderos que se han dejado embaucar por ese paquidermo. El General está dispuesto á aceptar mis servicios, pero antes he querido que usted conozca mis proyectos y que me dé su opinión. Le tendré en cuenta de las mas mínimas acciones de Gámbarra. Es un plan que he madurado con calma y respondo del buen resultado.

El Gobernador comprendió al instante las ventajas que podría sacar de las premeditadas felonías de Moscardón y solo á ese

precio consintió en desprenderse de aquel digno sucesor de Iscariote.

En efecto, el viejo amanuense se hizo dueño de la voluntad del General Gámbarra, y aquel pobre recluta de la espada, con sus músculos de gigante y su caraza de toro bravío, no fué otra cosa de allí en adelante que un pasivo instrumento de las bellaquerías y arrebatos de Don Constancio Moscardón.

***

Los informes que dieran á Julián Rengifo y que él comunicara á Heriberto con tanta cautela como pesadumbre la víspera del viaje de Náni á Valencia, tenían al parecer mucho de verídicos.

Hay cierta innegable telepatía que lleva al dominio público las cosas que se conciben ó se ejecutan bajo la más absoluta reserva.

Una palabra suelta, una mirada de inteligencia entre un criado y un transeúnte, un simple gesto de júbilo ó de tristeza ó una frase de ira ó de amenaza, bastan para que las gentes se den á destrenzar la madeja de los sucesos y pongan en claro no sólo los incidentes que han ocurrido á ocultas sino los que están muy lejos de sobrevenir.

De estos fenómenos podrían citarse muchos casos en que la razón misma se sobrecoge de extrañeza y la evidencia parece revestirse con las formas de lo inexplicable.

El viaje del General Gámbarra á Caracas se había efectuado más ó menos en las condiciones que dijeran al medroso campesiño, y en cuanto á los barruntos de revolución que tanto le afligían, á los pocos días se sucedieron las primeras escaramuzas y aspavientos.

Su Excelencia modificó el plan de Moscardón y valiéndose de éste hizo comprometer á Gámbarra en la nueva revolución. Y nada más sencillo para el diestro amanuense que hacer revivir el instinto bélico, apenas dormido en las fibras del bravo sargentón. Entre otras cosas le indicó hacer un viaje á Caracas con el doble fin de entrevistar al Presidente y de ponerse de acuerdo con los miembros del Comité, y cuando regresó de la Capital, le indujo á despachar algunos comisionados á Carabobo y al Guárico entre los cuales pretendió que fueran incluidos Ciro y Augusto, francamente sumados ya al grupo de Gámbarra.

El Gobernador aparentaba no ver aquellos manejos y continuaba concertando nuevas partidas de caza para distraer á su «antiguo camarada».

***

Uno de aquellos días espectantes fué anunciado al General Gámbarra la visita del Doctor Antenor de Céspedes.

El sacerdote le hizo prevenir antes por medio de una persona muy allegada, que la entrevista debía ser á solas, pues se trataba de imponerlo sigilosamente de asuntos de suma importancia. El Doctor de Céspedes era amigo personal del viejo soldado, y después de una larga gira evangélica por las poblaciones de la costa, habiendo sido impuesto á su regreso á La Victoria de todo cuanto estaba pasando entre aquellos hombres, creyó prudente intervenir y esclarecerle la realidad.

El clérigo conocía á Don Constancio y sabía que era muy capaz de tender aquella peligrosa red al inexperto Gámbarra, y sin gastarse grandes escrúpulos ni andarse con muchos rodeos, lo puso sobre aviso de lo que sucedía, bajo rigurosa reserva sacramental.

La inesperada revelación de su amado y discreto capellán fue el primer toque de arrebato que puso en confusión las ideas y proyectos del incauto General, y cuarenta y ocho horas más tarde, seguido de un grupo de oficiales y antiguos subordinados de sus días épicos, vagaba en son de guerra por selvas, llanuras y serranías.

***

Náni y Pedro se dirigieron á la Estación de San Blas, una vez que el reloj de la Catedral les advirtió que el tren ordinario de Caracas no tardaría en hacer su brusca irrupción en la curva que se desprende de « El Morro », para entrar en los cambios que siguen al parapeto ó barrera colgante que impide un segundo el tráfico del público á cortos pasos del legendario « Puente de Morillo. »

El tren se detenía en el paraje de «San Blas» el tiempo muy indispensable para desembarcar los pasajeros y equipajes que allí concluían ó interrumpían su itinerario, y continuaba la marcha á enlazarse en las oficinas inglesas con el que hace el servicio hasta Puerto Cabello.

Sucedió que Náni y su compañero se retrasaron algunos minutos á causa de la soporífera lentitud conque trotaban los rocines de un fiacre de alquiler que en la Plaza Bolívar tomaron al azar, llegando

á la Estación cuando ya el tren había desaparecido del andén germano.

—Es probable que ese bobalicón de Augusto, no encontrándome aquí, haya seguido á «Camoruco», presumiendo que yo lo espero por aquel lado,—dijo Náni despues de haber buscado por todas partes á Mayoral.

—Cochero, á la Estación inglesa, volando!—gritó Pedro con imperiosa voz.

El auriga fueteó los taciturnos jacos que reanudaron hacia la Estación inglesa su acompasado andonear.

Al llegar á «Camoruco» corrieron nuestros jóvenes con igual suerte. El tren partió como una flecha disparada por el recto callejón que conduce al pueblo de Naguanagua.

Náni Grimán impaciente se tiró del coche á ver si obtenía algún informe de los empleados de la línea.

En ese momento salía de los almacenes de la Estación un joven comerciante de Cagua, á quien conocía Pedro por ser cliente del señor Grimán y valiéndose de los indicios fisonómicos que ya tenía le llamó para interrogarle por el Doctor Mayoral.

—Un joven alto, rubio, de aspecto agradable y trajeado decentemente, ¿no venía en ese tren de arriba?

—Y que usa lentes montados en oro—añadió Náni aprobando con un movimien-

to de cabeza el boceto que acababa de hacer Rengifo.

—Se detuvo ó lo detuvieron en Maracay muy á su pesar, respondió el interpelado.

—Pero.....

—Lo detuvo la autoridad y parece que lo condujeron á la Cárcel.

—¿Y no oyó usted decir algo más?—insistió Náni todo alarmado.

—Los viajeros decían que era sospechoso y que quizás traía papeles revolucionarios.

—Y.....

—*Mi ser extranjero y no entende nada de politica sino de vénde mi trapo aquí. Mi vení busca surtido para mi tienda sin ocuparme de la guerra de éste país*—interrumpió el comerciante desplegando adrede una jerigonza que puso de manifiesto su origen hebreo, y les volvió la espalda como si temiera un segundo interrogatorio.

Náni y Pedro quedaron pensativos ante aquella noticia y regresaron á la ciudad sin cuidarse ya del pausado rodar del fiacre.....

*
* *

Un grupo de hombres de á caballo salía fuera de Valencia como á las once de la noche, de una de las más apartadas casuchas de la parroquia San José, pocas semanas después de haberse declarado la guerra en todo su apogeo.

Por el traje y armas que llevaban y las precauciones que tomaban al atravesar las últimas calles, se dejaba ver que era un núcleo de revolucionarios urbanos que pasaban en ese momento al rango de rebeldes efectivos. Al llegar á cierto paraje denominado el «Monte de la Acequia,» se escurrieron por unas callejuelas ó veredas extraviadas, evitando ser divisados por un retén apostado en la Caja de Agua, y se internaron en los matorrales de la derecha buscando hacia los cerros de «Guacamaya.»

La noche se presentaba envuelta en uno de sus más irreprochables mantos de tinieblas. Los luceros dejaban escapar apenas

uno que otro reflejo melancólico que era apagado por gruesas espirales de vapores que cual gigantes trombas, trascendían de la tierra y remolineaban en el espacio. Los perros ladraron desaforadamente al sentir las pisadas de las bestias, pero arrepentidos quizás de su garrulear inútil volvieron cabizbajos al cubil. En la augusta tranquilidad que poseía á Valencia á tales horas parecía mezclarse el sueño formidable de las necrópolis con el profundo silencio de la ciudad dormida.

Cuando hubieron andado largo trecho fuera de poblado uno de los del grupo sacó del bolsillo la llave de un candado y aplicándose á los labios el extremo ahuecado dejó oir tres rápidos é intermitentes silbidos. Casi instantáneamente se oyó á alguna distancia la detonación de un revólver.

—Cumplieron,—dijo entonces á sus compañeros el que había silbado.—Apresuremos la marcha que Pedro debe estar impaciente.

—No es en aquel claro donde nos esperan?

—Sí,—replicó el que había hablado antes,—pero hay que bajar calladitos porque todas estas noches pasadas han vagado por aquí comisiones gobierneras siguiéndole la pista á Pedro y al otro.

—Y cómo pudo el comandante Rengifo traer esas armas y esconderlas en esos montes? ¡Cuidado con trampas!—observó uno

de los de la partida en tono de desconfianza.

—Pareces un niño ó te estás muriendo de miedo antes de verle siquiera las uñas al lobo. Acaso Pedro ha estado siempre vigilado y perseguido? A buen seguro de que si no es por el mocito aquél habría seguido trabajando en las barbas de la autoridad sin que llegaran á olerle el patuco.

—Y el viejo que dice de todo eso?

—Qué va á decir! El es el primer chicharrón de la cazuela, pero se hace el motolito.

—Ay, si llegan á descubrirle. ¡Pobre Don Enrique!

En ese momento llegaron al pie de un frondoso bucare que simulaba en la obscuridad de la noche un colosal paraguas entreabierto, y el que parecía jefe de la partida silbó de nuevo con la llave.

—*Independencia!* gritó una voz que salía de las malezas.

—*Glorias de Abril!* respondió el de los silbatos.

—Desmontarse y chitón,—dijo un hombre que apareció de repente en medio del camino, y todos le obedecieron como electrizados por aquel acento autoritario.

***

Era Pedro Rengifo.

Después de la prisión del Doctor Mayoral y cuando Su Excelencia tuvo conocimiento del telegrama que antes de su salida de La Victoria había dirigido á Náni, creyó oportuno insinuar á las autoridades de Carabobo la conveniencia de vigilar á éste y aun de ponerle á buen recaudo.

El Gobernador, á fuer de celoso defensor del orden público, olvidó los vínculos que le ligaban con el trasquilado médico, y en cuanto á Náni, era para él algo menos que un transeunte de antaño, cuya huella ha borrado el trajinar de otros caminantes.

En tiempos de revueltas el primer disparo fraticida hace nulas todas las garantías ciudadanas, desde la libertad del pensamiento hasta la inviolabilidad de la correspondencia, y se cometen todas las arbitrariedades, desde el allanamiento del hogar hasta el asesinato impune y colectivo. Sobre el Correo y el Telégrafo se aplica la

censura oficial, y el afán de ver enemigos á quienes deprimir en todas partes, aguza los cinco sentidos de la policía.

Así Náni, inocente de lo que estaba ocurriendo, tuvo encima de sí la vigilancia, el asedio, la persecución y la ergástula, y á la inversa de Mahoma, era la montaña la que marchaba hacia él.

Cuando regresó al almacén después del viaje infructuoso á las Estaciones de ambos ferrocarriles y refirió á Don Enrique las noticias que le había dado el árabe, aquél se limitó simplemente á ordenar á Pedro:

—Váyanse sin perder un momento donde tú sabes y que éste, señalando á su sobrino, se oculte allí hasta nuevo aviso.

Durante la ausencia de los jóvenes un policía había ido á su casa en solicitud de Náni y Don Enrique que lo sospechó todo con la sagacidad de un hombre habituado á tales lances, despistó, como pudo, al gendarme y se dió á idear la manera de salvar á Náni de la cárcel.

***

—Cuántos son y á cómo nos toca, Comandante Malpica?

—Hemos venido diez de Valencia y la gente de «La Loma» que está ya en armas y se nos unirá mañana temprano. Los muchachos de «El Tejal» y «Santa Rosa» vienen ahora por los lados del Matadero y son como treinta y cinco.

—Al amanecer debemos tener cincuenta hombres que sumados á los piquetes de «Flor Amarilla», «Yagua» y «Vigirima», haremos un total de doscientos carabineros.

—Buen *bocao pa Mascaíta* (1).

—Con tal que nos incorporemos cuanto antes al indio Tomás González.

—Por músicos no dejará de tocarse el baile. Cómo estamos de instrumentos?

---

(1) Sobrenombre que daban los revolucionarios al valiente General Jesús María Arvelo, muerto gloriosamente y en lucha posterior en la plaza de Barquisimeto.

—Que se quede uno detrás del bucare por si vinieren los otros los haga detener aquí, y los demás que se vengan conmigo. Y que no se olvide del santo y seña: *Independencia y Glorias de Abril.*

Los recienllegados apostaron un hombre de confianza donde había indicado Pedro Rengifo y le siguieron.

—Aquí podemos dejar las bestias, añadió después de haber trepado sobre una escarpada cuesta; hay que bajar á pie al fondo del barranco y somos pocos brazos para cargar el pastel.

—Eres una fiera!

—Soooo, charlatán!

Como ariscas piezas que olfatearan la proximidad del cazador, bajaron aquellos hombres sin tocar las breñas que la entrada cubrían, al fondo de una cueva formada por un accidente natural del terreno, en uno de cuyos extremos velado á la simple vista por un promontorio de basuras y hojas secas, yacían ocultas algunas armas de fuego de diversos sistemas, unos cajones de cápsulas igualmente variadas, potes de pólvora, barretas de plomo y láminas de estaño, revólvers, pistones, machetes rozadores y hasta una vieja corneta probablemente de la misma fábrica y edad del célebre clarín de guerra que tocara el ínclito Zamora en Santa Inés.

Pedro frotó un fósforo en las anchas alas de su sombrero de palmas y encendió una lamparilla portátil que no abandonaba en

sus excursiones por el llano; y aquella embrionaria legión que como la de Espartaco á inmediaciones del Vesubio se aprestaba á la primera hazaña, danzó alborozada en torno de su naciente arsenal.

Sacaron todos los elementos de la cueva, acomodaron sobre dos de las bestias las armas y paquetes que no podían llevar á la mano ni en las cañoneras de las sillas y regresaron donde habían dejado el vigía. Ya estaba allí el contingente esperado. Pedro distribuyó entonces las armas y el pertrecho entre toda la gente, contó las que habían traído los tercios de las otras parroquias, proclamóse él mismo Jefe de la facción y desenvainando su virgen cuchilla de agente viajero, rasgó el silencio de la noche con un estentóreo ¡ abajo el Gobierno ! que retumbó en las profundidades de su cómplice hondonada.

***

Después del eclipse de Náni, Pedro Rengifo se dió cuenta exacta de su situación. Le habían visto pasear con el joven, éste había desaparecido casi entre sus manos, luego la autoridad debía deducir que él no ignoraba su paradero. Entonces se apercibió de que aquella no le perdía de vista.

Ya varios amigos le habían aconsejado que se ocultara ó que se alejara de Valencia por algún tiempo, pero él prefirió continuar conspirando hasta donde le fuera posible, tomando todas las precauciones para no dar un paso en vago. Cuando podía iba al escondrijo de Náni y se inspiraba en sus consejos. Grimán le prevenía de modo que no fuera á dejarse poner la mano con los esbirros del Gobierno ni lanzarse á la revuelta sin provecho ó por lo menos sin contar con una base regular de acción.

Para no comprometer demasiado á Don Enrique fingió separarse de la casa apa-

rentando un serio altercado que concertaron con tanta habilidad, que el público creyó de buena fé en una ruptura definitiva.

Hombre listo y resuelto, engañaba con destreza la jauría policial y muchas veces llegaba su audacia hasta arrebatarle los sabuesos más fáciles de ganarse por la atracción del mendrugo. De esa manera se puso en muchas cápsulas y aún en algunas armas de precisión. En un país donde ha rayado tan alto la venalidad en algunos militares y estadistas, ¿podrá ser una anomalía la infidencia de un triste polizonte?

Don Enrique aprobó los planes de su pupilo y desde luego se dió con la naturalidad de un comediante á detestarlo ante el público y á manejarlo en privado.

Por lo demás, no cesaba de murmurar entre dientes de la «marranería» de la Esquina del Principal, aludiendo al Gobierno de Carabobo, de lamentarse de no tener la edad de ese «pandanga» de Heriberto y de comprar sigilosamente las bocas de fuego, el plomo y los *machetes linieros* que le fueron vendiendo determinadas personas.

*
* *

Náni había quedado perplejo ante aquella súbita aventura que tan de cerca le comprometía.

Lo menos que presumía era que pudiera ser él, inofensiva y enfermiza criatura, objeto de las inquietudes del Poder y que débil y convaleciente como se hallaba, pudiera estar incluido en la infinita nómina de los hombres de acción, de los oposicionistas á tambor batiente y de los tumbagobiernos á sangre y fuego.

Cuando Don Enrique, sin darle tiempo á respirar siquiera, le envió con Pedro á resguardarse en un escondrijo que el precavido viejo había utilizado el 92 para salvar á uno que otro amigo perseguido por los «continuistas,» Náni estuvo á punto de correr á la Gobernación y presentarse. Qué le podían hacer? se decía á solas. Acaso se había mezclado, por lo menos últimamente, en algo que se relacionara con la política? Por el telegrama

de Augusto?.....Y esto tampoco podía ser admisible, añadía en sus divagaciones, porque el despacho estaba firmado: «Doctor Mayoral,» y Augusto era nada menos que el condiscípulo del Gobernador, el amigo de Gámbarra, el inseparable de Ciro Martel.....Pero qué de cosas habían ocurrido en el tiempo que llevaba en «La Grimania!» ....Augusto detenido en su viaje, Gámbarra en armas ó huyendo, el Gobernador á la ofensiva, el país convertido en una espantosa fogata de uno á otro confín, y lo que le era más extraño aún, obligado él á una reclusión insoportable! ¡Heriberto! eres un gran sabio,—exclamaba en medio de sus incoherentes soliloquios.

De pronto cruzó como una exhalación por su mente el recuerdo de Don Constancio Moscardón, la mirada de odio que aquel había lanzado sobre él mismo el día que se tropezaron en la morada de Su Excelencia y lo que decían en el hotel de las intrigas y manejos del taimado Secretario, y una idea singular puso fin á sus cavilaciones.

Las dolencias físicas de Náni tuvieron un alarmante retroceso que le incapacitaron para tomar una resolución definitiva que decidiera de su suerte en tan críticos momentos. En algunos días de encierro y de inquietudes perdió los saludables efectos que en su organismo había operado la temporada que pasó en «La Grimania.» Su delicada vitalidad sostenida á fuerza

de drogas y de reconstituyentes, sintióse otra vez decaída y como una harpía desgarradora la tisis hizo al fin su siniestra aparición á través de las lánguidas pupilas del abatido mozo!.....

*
* *

Después de la vida azarosa de los campamentos, de las fatigas del vivac, de los tiros graneados de las guerrillas y del impetuoso desparramar de proyectiles en escaramuzas, asaltos y batallas; después de los días de hambre y de sed, de las noches de vigilia, de los rigores de la lluvia y del sol, del frío y del calor y de las marchas y contramarchas á pié ó á caballo; después de haberse familiarizado con todas las formas imaginables de la escaséz y de la indigencia y prostituido el sentimiento humanitario en presencia de esas calamidades colectivas que trae consigo la guerra civil y que se llaman homicidio, pillaje, ruina, venganza é incendios, el revolucionario que fracasa va á aplacar la exaltación de sus pasiones bajo el techo de las Penitenciarías ó en las lejanas soledades del exilio.

Es entonces que el faccioso se da cuenta cabal de las privaciones sufridas, de

los peligros que le rodearon, de las tragedias heroicas de que fué actor inconsciente, del alejamiento del hogar, de las angustias que hizo experimentar á sus padres, esposa ó hijos, de que la muerte le asechaba á cada paso y la casualidad le retiraba de sus garras, de que estuvo á punto de sucumbir en cien emboscadas, asesinado por una mano anónima é irresponsable, tal vez por la mano de un amigo, de un hermano, de un compatriota, cualquiera por quien no sintió jamás ni odio ni repulsión.

Si la suerte es favorable á su Causa y la revolución logra derrocar el régimen que ha combatido, el rebelde triunfante cree entonces que antes que de los asuntos de interés público y de plantear siquiera el programa del nuevo Gobierno, el Caudillo vencedor está obligado á resarcirle con largueza de los servicios que prestara en la campaña.

Si es razonable y hace lo que llaman «buena sangre» en las altas esferas del nuevo orden de cosas, acepta y trata de disfrutar el mayor tiempo posible, el empleo que le toca en suerte. La perduración de éste depende de muchos detalles complicados, entre los cuales háse podido señalar como un fenómeno patológico, frecuente en los tiempos modernos, cierta flexibilidad en la columna vertebral.

Si por sus escasas aptitudes, su carácter, su extremada susceptibilidad ó su

mala estrella no alcanza el saldo de sus haberes, difícilmente ha de tornar á su primitiva categoría de hombre pacífico y ya no vivirá sino para la oposición y el motín.....

Es un hombre perdido para el trabajo, para la paz y para la familia.....

***

En uno de los grandes corredores de la Rotunda sostenían animada tertulia después del toque de diana dado en el Cuartel contiguo, varios grupos de detenidos políticos.

Un suave vapor de nieblas y de rocío cubría las altas azoteas y garitos del temible edificio. A esa hora debía estar Caracas todavía arrebujada en su blanca sábana de gasas. Los oficiales y cabos de presos se paseaban silenciosos sin dignarse mirar siquiera los corrillos que iban formándose á medida que el sol se abría paso por entre las nubes y dispersaba las nieblas matinales.

Por la tranquilidad que trascendía de sus semblantes, de sus actitudes y de sus palabras, en muchos de aquellos hombres, víctimas de la razón de Estado, se dejaba ver que si no estaban resignados con su suerte á lo menos se habían convencido de la superfluidad de lamentarla. Algunos habla-

ban, gesticulaban y reían como si estuviesen atravesando la época más holgada de la vida. No era aquella la prisión de que nos habla Cervantes: «el sitio donde toda incomodidad tiene su asiento». Los más jóvenes bromeaban y se hacían jugarretas como en un martes de Carnaval.

—A ver *Paquito Rabioso*, cuáles son las materias señaladas para el curso del día?

—Por el Santo Cristo de La Guaira, que no me acuerdo, señor bedel.

—No será por el Santo Cristo sino por su rubicunda Laura, *Petrarca* afortunado.

—Ay!—suspiró el Cronista de *El Cangrejo Popular*, llevándose la mano al lado del corazón.

—Las materias de hoy,—exclamó de improviso un estudiante de derecho,—son: Matemáticas, Astrología y Teología.

—Y el tema?

—Gámbarra analizado prismáticamente bajo esas ciencias.

—Atención, señores Hoy principia la clase temprano. El alumno que no responda catogóricamente la pregunta que se le haga pierde *el real y medio* que le otorga la munificencia de San Ignacio, Presidente.

—*Ora pro nobis!*—dijo el abogadillo.

—Atención, señores! Matemáticamente hablando, ¿qué cosa es Gámbarra?

—Es un guarismo insignificante cuyo valor no excede ni disminuye en relación de los ceros que se le coloquen á la derecha ni de los que se le agreguen á la izquierda.

—El que sigue.

—Es una cantidad que dividida por el Gobernador de marras, en varias fracciones, vale tanto como cierto personaje de actualidad dividido del círculo que lo elevó al Poder.

—El otro señor.

—Es una unidad descartada de la suma total del Legalismo.

—Pésimos, archipésimos, infames—dijo el guasón que las hacía de catedrático.

Vamos con la Astrología; y cuidado *Paquito Rabioso* si vuelve á *meter la pata* como ayer porque lo que es hoy no lo salva ni la «angelical estrella de una mañana fría», ni el formidable vejestorio de su futura suegra. Hágame usted la apología de Gámbarra y señáleme la órbita en que está girando en el actual sistema político planetario. Atención, muchachos!

—Gámbarra es un cuerpo opaco que brilló en el éter por humoradas del sol.

—Enmiendo: Gámbarra es un aereolito cuya trayectoria fué tan fugaz que no permitió á Ugueto asestarle el telescopio.

—Corrijo: Don José Bonifacio es el cometa cuya aparición anuncia el cataclismo que ha de hacer volar despavorido el abejorrio de la Casa Amarilla.

—No estoy satisfecho con esas definiciones, señores, y el Ministro de Instrucción va á decir que le estoy robando sus reales. Vamos con la Teología y si en esta materia están tan detestables como en las anterio-

res, escribiré al P. de Céspedes para que venga á hacerse cargo de la cátedra. ¿Qué cosa es Gámbarra considerado como dogma político?

—Es, como la generalidad de nuestros macheteros, la conjunción de todas las ineptitudes y pretensiones sin mezcla de lucidez alguna.

—El otro joven.

—Es el cordero pascual, (*agnus Dei qui tolis peccata mundi*) inmolado por el carnicero Moscardón.

—Muy bien, joven, es la única definición que merece la pena en todo el curso. El que sigue.

—Es el pecado mortal de la oposición.

—Y pensar señores, dijo entonces el profesor con voz que hacía enfática y solemne, que mi mayor pecado consiste en no haber recetado ni al Generalísimo ni á Don Constancio Moscardón cuando estuvieron entre mis manos. Ah! me dan ganas de echarme á llorar sobre las ruinas de mis recuerdos desvanecidos como Volney al pié de los sarcófagos de Palmira.....

—Doctor Mayoral—interpuso una voz apremiante,—el señor de Valencia suplica á usted pase inmediatamente á su calabozo.

Augusto Mayoral,—que no era otro el simulado catedrático y cuya presencia en aquel sitio no extrañará el lector, dió la espalda á sus madrugadores alumnos y dejó para otro día el cuidado de aclarar aquellas definiciones y otras que debían ser traídas á

colación con menoscabo del prestigio de Gámbarra, zaherido cruelmente por sus amigos y parciales á causa de las desastradas correrías del General.

Aquella reputación consagrada por la casualidad, bajaba á sepultarse en las nebulosas del olvido.

***

Aprehendido Don Enrique cuando el Gobierno de Valencia se apercibió de su actitud y de la parte activa que tomaba en la conspiración, y trasladado de la Cárcel de aquella ciudad á la Rotunda, había recibido la noche precedente á la mañana en que en los patios de la prisión se hacía aquel fingido y extravagante gimnasio escolástico, una extensa carta de Heriberto en que le relataba los últimos contratiempos sobrevenidos en su casa y en que le confirmaba el triste fin de Náni, sobre cuya gravedad y muerte habían corrido ya vagos rumores entre los presos que le conocieron.

Cuando entró el Doctor Mayoral al calabozo, Don Enrique se enjugó las lágrimas que nublaban su mirada altiva y desdeñosa, y le dijo con voz alterada por el dolor.

—Además de los pecados que no ha mucho confesaba en aquel corrillo, añada Ud. el de haber telegrafiado ahora dos meses, no sé qué tontería á mi sobrino Hernáni

Grimán. Anoche me envió el Alcalde una carta de mi hijo Heriberto en que me confirma la triste nueva de su muerte. Impóngase Ud. Doctor Mayoral.

Y con mano temblorosa el anciano tendió á Augusto unos pliegos de papel manuscritos por la presión de un copiador automático, sistema sencillo y rápido que se usa en ciertos casos en que se quiere hacer menos voluminosa y pesada la correspondencia.

El Doctor Mayoral leyó emocionado el contenido de aquellos pliegos y aunque no era hombre capaz de estremecerse por cosas que personalmente no le concernieran, la trágica desaparición de aquél á quien ya reputaba como amigo y correligionario político le afectó hondamente y no pudo reprimir sus sollozos.

Heriberto Grimán escribía á su padre:

«.....La muerte de Náni y la prisión « de Pedro son el corolario de nuestras re- « cientes desventuras. Pedro está en el « Castillo.

« A Náni lo habían pasado á la Benefi- « cencia á instancias mías y del Doctor de « Céspedes, que fué para él más que un her- « mano en la hora suprema. El Doctor de « Céspedes vino entre los presos de Ara- « gua, pero aquí le dieron la ciudad por « cárcel bajo fianza que por él prestó el « Administrador de la Aduana.—Este buen « clérigo jamás ha tomado parte en la po- « lítica activa del país, y se asegura gene-

« ralmente en el puerto que su detención « obedeció al simple hecho de ser amigo « particular de Gámbarra y á un rasgo de « la rectitud y entereza de su carácter « de que dió pruebas en La Victoria, re- « prendiendo ó apostrofando en público á « un tal Moscardón á quien atribuye la « gente muchos arrestos y persecuciones « ocurridos estos días.

« Cuando el sacerdote supo la gravedad « de Náni corrió al Castillo, y á riesgo de « perder la fianza que por el momento le « mantenía fuera de aquella mazmorra, « tánto se empeñó con las autoridades, que « obtuvo al fin el permiso para que lo con- « dujeran casi moribundo al hospital.

« Otro de los servicios que le debemos es « el de haber logrado con el Jefe de la for- « taleza que aliviaran á Pedro del peso de « los grillos. El pobre muchacho estaba « ya tullido de enormes y de arremachados « que los tenía.

« Conoce Ud. los detalles de la prisión « de Pedro, los descalabros que ocasionó al « enemigo y el trabajo que costó á las fuer- « zas del gobierno para someterle.—Pues « bien, el viejo Julián con todas estas valen- « tías de su hijo ha cambiado radicalmen- « te de opinión, se siente halagado cuando « le refieren las proezas de aquél y se mues- « tra orgulloso de haber dado un nuevo « General á la República.

« ¡Pobre país!

« Pero volvamos á nuestro querido Náni,
« que era también un héroe, á su manera.
« —Dice el Doctor de Céspedes que lo que
« le llevó á la tumba no fué ni los amagos
« de tuberculosis que padecía ni la ya cica-
« trizada herida que recibiera la noche que
« se incorporó á las tropas de Pedro.—Náni
« murió de un profundo hastío de la vida.
« La dió por no comer ni tomar las medi-
« cinas que le enviábamos y ¡caso no fre-
« cuente en estos neurasténicos, no probaba
« una gota de alcohol!

« Náni fué un suicida, pero un suicida
« consciente que va eliminándose la existen-
« cia con la lentitud de quien se deleitara
« en la sucesión de sus propios dolores.

« El temple de su alma se nos reveló con
« sublime estoicidad en el instante inapla-
« zable, y como estaba apercibido hace días
« para ese trance, vertió en el papel sus pos-
« treras impresiones.

« No he tenido valor para dar á su padre
« todos estos pormenores que hoy á favor
« de la generosa influencia del Doctor **
« llegan á usted. Pero como tengo plena se-
« guridad de que esta carta no se extraviará,
« le incluyo una copia de las póstumas lí-
« neas de su malogrado sobrino, tan desgra-
« ciado y escéptico en la vida como sereno
« é imperturbable ante la misteriosa presión
« de la muerte.

« Mercedes fué á ver á su familia y lle-
« va instrucciones mías á fin de que nada
« falte á Pedro en su prisión y para hacer

« de nuestra propiedad el pedazo de tierra « donde descansa el inolvidable Náni.

« El Doctor de Céspedes fué quien puso « en mis manos esas cuartillas escritas por « mi primo en la ansiedad de su agonía y « dice que está asombrado de que en un « hombre como aquél, incapaz de aferrarse « á ninguna idea concreta, se haya con- « servado hasta la hora de sucumbir la ten- « dencia ó criterio peculiar que se le había « desarrollado en el cerebro.

« Es un caso raro,—añade el Doctor de « Céspedes,—pues apesar de haber muerto « con la resignación y tranquilidad de un « justo, Náni no dió su alma á lo Descono- « cido con la fé absoluta de un creyente.

« Será acaso que á los incrédulos les está « permitido también morir como justos ó « es que en realidad no son tales delincuen- « tes ante Dios, como nos lo señala el fana- « tismo religioso ?.....

« Reciba nuestros abrazos y los besos de « sus nietecitos.

HERIBERTO.»

El Doctor Mayoral leyó y releyó la sentida epístola, conmovido cada vez más por la narración de aquella desgracia, y quedó largo rato abismado en dolorosos pensamientos.

Fué el señor Grimán quien con acento paternal le arrancó de su abstracción.

—Joven : aunque solo conoció usted á mi sobrino con la superficialidad y poca discreción con que es posible apreciar el carácter de un hombre á la edad y en las circustancias en que ustedes se tropezaron en la vida, observo que usted se ha afectado verdaderamente con la confirmación de su desgracia y que de buena fé se ha hecho partícipe del dolor que su prematuro fin nos ocasiona. Yo deseo darle una prueba de mi cariño y pagar un tributo muy natural á la deferencia de que indudablemente le hizo objeto Hernáni Grimán y quiero que entre las personas que estamos aquí recluídas, sea usted la única que lea con este pobre viejo, esas páginas escritas por mi sobrino, al borde del sepulcro, y cuya muerte es el triste lazo con que el destino estrecha hoy nuestra amistad.....

I

« .....Déjame contemplarte, alma mía!
« El búcaro desgastado y miserable quie-
« re admirar la flor que le ha brindado su
« perfume y no ha de permitir que exhale
« sus postreras fragancias sin hacerla con-
« fidente de sus íntimos dolores.»

II

« Hablan las pasiones desbordadas, el
« vicio apenas reprimido, las ilusiones des-
« vanecidas, las esperanzas mutiladas, los
« ensueños fugitivos, los temores y preocu-
« paciones insomniales; habla la materia
« con su cortejo de amarguras, y cuando
« vocifera la materia silencia el Ideal, si-
« lencias Tú, alma mía!»

III

« Oyeme: ¿Qué destino infausto te su-
« mergió en el cieno? ¿Cómo descendiste
« al abismo tumultuoso de mi áspera y
« rebelde naturaleza?»

« Tú, irradiación divina de lo descono-
« cido, átomo imperceptible de ese Todo
« prodigioso que llena el Universo, ¿ cómo
« pudiste hacer alto en el ámbito miasmá-
« tico en que se debate la impureza ?»

« Fuíste condenada por adversos hados
« á gemir con mis tristezas, á reír con
« mis pasajeras alegrías, y á maldecir con
« mis imprecaciones y blasfemias; ¿ y no
« intentas emanciparte del vil cautiverio
« que á la árida roca de mi destino aciago
« te mantiene atada con el mismo lazo
« inforcejeable con que al peñón desierto
« sujetaron los dioses aquel cíclope audaz
« que tendiera la diestra á las nubes en
« demanda de la ígnea llama ? »

IV

«Mirémonos de frente, alma mía!»

« Hay dualidad entre nosotros. Una es
« la materia que se consumirá mañana en
« las piadosas fauces de la tierra y otro
« el espíritu que se remontará á lo infinito
« descarnado de su miserable vestimenta
« humana; más ¿ por qué te observo sobre-
« cogida de ansiedad y estremecida por
« el vértigo de lo sobrenatural é ignoto,
« como deben estremecerse las ondas del
« manso río cuando se sienten atraídas
« á las profundidades del piélago inson-
« dable ?»

« ¿Te reintegras acaso á la radiosa germi-
« nación de que procedes aniquilada ó
« deforme por la extravagancia é insen-
« satez de mis yerros?»

V

« Hubo un instante de mi peregrina exis-
« tencia en que fué envuelto en célicos res-
« plandores mi pobre corazón. Era que se
« había unido la luz que de tí proviene al
« reflejo que se desprendía de otra alma
« que te era idéntica.

« Entonces se encumbró tan alto mi pen-
« samiento que casi creí haber franqueado
« el dintel del paraíso. Eran las mismas
« praderas, los mismos vergeles, el mismo
« ambiente poblado de trinos y de gorjeos
« y los mismos cielos de que nos habla
« la tradición bíblica. Y como la materia
« había quedado relegada á la tierra, no
« estaban allí ni la serpiente tentadora ni el
« Arcángel de la tizona de fuego.....

« Cuánto tiempo duró el ensueño? No sé
« decirlo, alma mía! Sólo recuerdo que
« cuando volví á la espantosa realidad esta-
« bas enferma y desencantada.....

VI

« Razón, pensamiento, voluntad, albe-
« drío, inteligencia, sabiduría, carácter, ¿qué
« sería de vosotros sin el dominio augusto
« del alma?

« Tristes quimeras, vana palabrería del « lenguaje humano, pálidos fantasmas que « danzaríais errante por el sendero que cru- « zan las generaciones y los siglos, antes de « perderse en la eterna penumbra del pa- « sado.

VII

« En los seres perversos vive el espíritu « narcotizado por el vicio.

« Todas las almas, aún aquellas que se « han encenegado en la corrupción y en el « crimen, son susceptibles á la bondad una « vez que han llegado á ver con desdén las « fragilidades y miserias de la vida mate- « rial.

VIII

« Dios mío: solo la indiferencia infinita « que inspira á tu omnipotencia la peque- « ñez del hombre puede permitir á éste la « inaudita pretensión de creerse instruido « en tus arcanos designios y de ser un alia- « do de tu grandeza.

IX

« Alma mía! si has de llegar á Dios han de bastarte tus propias alas!.....

X

« Deliro ? Pero es cierto que existes, alma « mía, por encima de la naturaleza ruín y « á despecho de la carne despreciable ?

« Y si existes excelsa y diáfana, ¿ por qué « sollozas, por qué te agobia el dolor, por « qué padeces males más intensos é incura- « bles que los que aflijen y rinden el orga- « nismo físico ?

« Las debilidades del cuerpo ¿son por des- « gracia tus propias debilidades ó le estás « de tal manera subordinada que eres copar- « tícipe de sus crueles dolencias ?

« Te devoran los mismos apetitos é impa- « ciencias de la insaciable bestia que te apri- « siona ?

«Nó, mil veces nó. Yo te he visto des- « prendida de ese vivero de contradicciones « é insanos deseos en que rastrean y se ara- « ñan rabiosas y famélicas las vulgaridades « y atropellos de la vida. Angel ó mariposa, « tus alas han estado prontas á volar por « encima de la charca en que se revuelca « el monstruo de las pasiones innobles. Yo « te he visto triunfar en mis horas de desa- « liento de las vacilaciones y flaquezas que « me hicieran sucumbir desfallecido, y en « las soledades de mis veladas vagarosas é « intranquilas, me has cruzado el rostro con « el flagelo del remordimiento, haciéndome « retroceder arrepentido en la ruta tortuosa « á que me condujeran mis torpes desva-

« ríos; te he sentido también ¡ oh ! alma « mía, aplicar á mis labios trémulos y deli- « rantes el vino confortable del vigor, y en « medio de las agitaciones de mis dudas y de « las borrascas de mis iras, he oído tu acento « misterioso que me dice : ¡ Espera !.....

XI

« Ha llegado el momento de tu suprema « liberación, alma mía! Sé libre y vuela « en pos de otros mundos ignorados y « ocultos siempre á las miradas del hom- « bre, lustra tus alas en el aura de las « constelaciones y purifícalas de las som- « bras que pudieron empañarla durante su « breve estagnación sobre la tierra.»

« Y como procedes del Sér inmenso é in- « definido que rige los soles y encadena « las estrellas, no vaciles en mostrarle las « hondas cicatrices que en tí dejara el es- « téril suplicio de la vida.»

« Vuela presto, alma mía, vuela, alma « mártir.».....

* * *

Seis años después un anciano de porte venerable hacía depositar en un derruido panteón de familia en el apartado cementerio de Z*** un ataúd que por su forma y dimensiones indicaba contener restos exhumados en tierras lejanas, y sobre la huesa en que los depositaba, colocaron una tosca lápida en cuyo reverso y al pié de un sencillo monograma se leía esta enigmática inscripción:

Hay almas que nacen heridas.

Aragua de Maturín—1908.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92